

437
AYUNTAMIENTO DE MADRID

PUBLICACIONES DE LA «REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO». VOLUMEN I

437

ANGEL SÁNCHEZ RIVERO

VIAJE DE COSME III POR ESPAÑA

(1668-1669)

MADRID Y SU PROVINCIA



MADRID
IMPRESA MUNICIPAL

1927

AYUNTAMIENTO DE MADRID

PUBLICACIONES DE LA «REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO». VOLUMEN I

ANGEL SÁNCHEZ RIVERO

VIAJE DE COSME III POR ESPAÑA

(1668-1669)

MADRID Y SU PROVINCIA



MADRID
IMPRESA MUNICIPAL

1927



Cosme III de Toscana

VIAJE DE COSME III POR ESPAÑA

(1668-1669)

MADRID Y SU PROVINCIA

Cosme III de Toscana ha dejado en la historia florentina un recuerdo desastroso. Su largo reinado, de 1670 a 1725, es el crepúsculo melancólico de una estirpe y el callejón sin salida de una tradición histórica que, a través de vicisitudes dramáticas con frecuencia, tuvo siempre una perspectiva abierta y una justificación civilizadora. Florencia había sido un anhelo de poderío y una realidad espléndida de frutos espirituales. A pesar de todas sus faltas, los Médicis conservaron casi constantemente la conciencia de esta doble función que les imponía su abolengo. Las limitaciones inevitables impuestas por la historia tuvieron una compensación y casi un justificante en el florecimiento de la cultura. Y hasta el advenimiento de Cosme siempre permaneció abierto ante Florencia el camino de una continuidad histórica para poner a su servicio el azar de los acontecimientos.

Cosme III acaba con todo. Su angostura de espíritu le hace renunciar al magnánimo papel de Mecenas, tradición obligada en su dinastía. La piedad se apodera de su pobre ánimo con obsesión de monomaniaco, apartándole la atención de cualquier otra empresa. Su pusilanimidad es inepta para intervenir con dignidad y esfuerzo en la marcha de las cosas públicas, y su abulia le incapacita para formarse un plan y seguir una política. Este reinado produce la impresión deprimente que domina en la cámara de un incurable. Florencia no tiene remedio; los Médicis se extinguen. La estirpe dinástica no tiene descendientes, y el pueblo ha perdido en una historia funesta la espontaneidad de las reacciones creadoras. Y como ocurre siempre cuando el azar de la sangre coloca al pobre diablo en el puesto del héroe, la historia se convierte en historieta, y la anécdota jocosa acompaña de continuo, como bufón implacable, este medio siglo agónico de dos nombres ilustres.

El gobierno de Fernando II, padre de Cosme, pareció consumir las últimas energías de la raza. Como gobernante, Fernando se mostró débil e indeciso. En el interior no tuvo nunca ánimo para oponer-

se a las extralimitaciones de la corte romana, y en el exterior faltó energía para aprovechar las ocasiones que se le ofrecieron de acrecentar sus dominios. Pero esta carencia de carácter parecía en él suficientemente compensada por las prendas intelectuales. Su habilidad como diplomático fué apreciada en Europa. Era aficionado a los estudios científicos, y bajo su influencia la corte del palacio Pitti se convirtió en un centro intelectual. Un hermano del gran duque, el cardenal Leopoldo de Médicis, fundó la *Accademia del Cimento* (prueba), destinada a cultivar el método experimental, cuyos principios había poco antes establecido Galileo. También corresponde a su tiempo la disposición de la Galería de los Uffizi, en la forma que, con variaciones no sustanciales, se ha mantenido hasta nuestros días. Por última vez era Florencia un faro en la vida intelectual europea, y un Médicis ponía su esfuerzo por que la llamarada se mantuviese enhiesta y vigorosa.

El príncipe Cosme, heredero de la corona, había nacido en 1642. Los historiadores han tratado de explicar la profunda divergencia de carácter y de aficiones que el príncipe, apenas llegado a la juventud, mostró con respecto a su padre y al ambiente general de la corte. La explicación más común es que la educación de Cosme fué abandonada a las inspiraciones exclusivas de su madre, Victoria della Rovere, de la familia de Urbino. Según estos señores, Victoria della Rovere era una beata de cortos alcances, enteramente subyugada a los jesuitas, y la educación que impuso al niño era más propia para uno destinado a vestir el hábito religioso que para el heredero del Gran Ducado. Consecuencia de esta educación fué el carácter de Cosme: tético, insociable, enemigo de toda expansión, refractario al arte, practicante de los ejercicios piadosos con una asiduidad rayana en la idea fija, torpe en su trato, desgarbado en sus movimientos, inepto para los ejercicios de fuerza, sin afición a los estudios, considerados con recelo como peligrosos para la conciencia. Tal es, al menos, la semejanza que del personaje nos traza Young, reciente historiador de los Médicis.

Esta explicación no pareció satisfactoria a un médico italiano, que ha sometido a una especie de estudio clínico la historia de la familia Médicis, el Sr. Pieraccini. Según este autor, la historia de los Médicis debe ser considerada como un proceso de degeneración patológica. Para sostener sus afirmaciones, el Sr. Pieraccini ha amontonado en tres abultados volúmenes todos los datos que una investigación infatigable le ha permitido recoger en libros y documentos. La naturaleza de la tesis hace, sin embargo, imposible una demostración

concluyente; en la genealogía de una familia que, como la de los Médicis, puede seguirse a lo largo de cuatro siglos, se entrecruzan demasiadas influencias para que sea practicable un *diagnóstico* de este género. El libro de Pieraccini pertenece a ese género de obras pseudocientíficas que pretenden dar a la historia una interpretación a que la índole de sus materiales se resiste. De todas suertes, los tres ingentes volúmenes de *La stirpe dei Medici di Caffaiuolo* es un riquísimo repertorio de datos para todo el que pretenda estudiar la historia florentina. El carácter extraño de Cosme es para Pieraccini la explosión de gérmenes degenerativos acumulados por la estirpe medicea a lo largo de su camino histórico. La educación no tuvo ninguna culpa. Cosme fué en sus primeros años vivo y despierto. Llegado a los umbrales de la adolescencia se produce en su temple la modificación profunda que había de fijar definitivamente su carácter reconcentrado y sombrío. El gran duque Fernando II, advertido del cambio, trató de combatir las tendencias que manifestaba su hijo. Todo resultó en vano. Apenas llegado el príncipe a los diez y ocho años se pensó que el matrimonio podría devolver a su carácter la animación perdida desde la infancia. La elección del gran duque recayó sobre una princesa borbónica, Margarita Luisa de Orleans, hija de Gastón de Francia y de Margarita de Lorena. Razones políticas aconsejaban el acercamiento a la grandeza en auge de Luis XIV, y las noticias que se tenían de la princesa eran las más favorables. Margarita Luisa había recibido una educación cuidadosa, en la esperanza de que a su mayor edad ocupase el trono de Francia. El enlace de Luis XIV con María Teresa de Austria hizo vano el proyecto, y entonces se concertó el matrimonio de Margarita con el príncipe Carlos de Lorena. Las negociaciones del gran duque vinieron a romper también este acuerdo. Mas por desgracia, el corazón de Margarita estaba ya vivamente interesado por el príncipe Carlos. Su asentimiento a las instancias de la corte florentina sólo pudo ser obtenido como obediencia. Educada en el ambiente de la corte más brillante de Europa, la idea de recluirse en Florencia la irritaba. Con tal estado de ánimo la princesa, el matrimonio resultó un desastre. Cosme le fué violentamente antipático; la corte, la ciudad, Italia entera le inspiraban aversión y desprecio; se negó a aprender el italiano, y con la malignidad más ingeniosa se complacía en hacer patentes a todos sus sentimientos agresivos. El carácter de Margarita era diametralmente opuesto al de su marido. Quería divertirse, le gustaba la sociedad animada, era atrevida y enredadora. La corte de Florencia, dominada por la gravedad compuesta y beata de la gran duquesa Victoria della Rovere, o con-

vertida por la sesuda madurez de Fernando en centro de estudios científicos, no era la morada más propia para esta princesita francesa de diez y seis años, arrancada bruscamente a la vida parisiense y con una herida de amor todavía sangrante en el pecho. Y el pobre Cosme, enamorado él de la maravillosa y cruel criatura que le había aportado el destino, no sabía cómo hacer para desarmar sus cóleras mordaces; pero cualquier cosa que hiciese, siempre advertía que la resultaba igualmente odioso.

La corte del palacio Pitti se había convertido en un infierno. Fernando, después de fracasar en todos sus intentos personales de apaciguar a la nuera, recurrió a la diplomacia. El papa y Luis XIV endeizaron sus exhortaciones a Margarita para que aceptase con buen ánimo su papel de princesa florentina. Pero la intervención de las potencias resultó igualmente inútil. Ni siquiera el nacimiento del primer hijo, el príncipe Fernando, logró imponer la concordia. Margarita quería a toda costa volver a Francia. El gran duque, como era natural, se resistía a consentir esta solución escandalosa. Pero sin llegar a una separación irremediable pensó que una ausencia temporal del aborrecido consorte podría curar los furores de Margarita, poniendo una pausa en las contiendas y cicatrizando con la lejanía las mortificaciones sufridas en estos primeros años de su vida conyugal. Margarita no podía volver a Francia: pero el príncipe Cosme emprendería un viaje.

El 22 de octubre de 1667 partió el príncipe Cosme para el extranjero. Entró en Alemania por Imbruck; visitó a Augsburgo y a Maguncia y penetró en Holanda, siguiendo embarcado el curso del Rhin. Aparte de las razones conyugales que hicieron oportuno el alejamiento, hay que reconocer que el príncipe sentía particular inclinación por los viajes. Su curiosidad intelectual más determinada eran los estudios geográficos. Le interesaban los mapas; buscaba la conversación de quienes habían visitado países remotos, y para ello contaba con la ventaja de hablar perfectamente el español, el francés, el alemán y de leer el latín. El gran duque, su padre, favoreciendo estos gustos y procurando sacar partido de ellos para la desagradable situación creada en la corte por la incompatibilidad de Margarita, le había organizado, antes de este viaje más allá de los Alpes, tres excursiones dentro de Italia: una a Arezzo y Siena, otra a Lombardía y la tercera a Génova. Podía esperarse que estos cambios de lugar modificaran en un sentido favorable la índole de Cosme, porque, como decía Cervantes, «el andar por tierras y el comunicar con gentes hace a los hombres discretos». Por desgracia, la discreción adqui-

rida por Cosme en sus continuos desplazamientos no llegó nunca al grado que parecía deseable, y los efectos sedantes de la ausencia no fueron decisivos para las disidencias domésticas. Después de visitar detenidamente las ciudades holandesas el príncipe atravesó de nuevo toda Alemania, y llegó a Florencia el 12 de mayo de 1668, para encontrarse otra vez con la hostilidad de Margarita Luisa, armada, como siempre, de punta en blanco.

Esta desagradable acogida, y la curiosidad que en él había despertado la excursión fuera de Italia, le llevó a planear un segundo viaje que le permitiese conocer los otros países de Europa más interesantes: la Península Ibérica, Inglaterra y Francia. Su calidad de príncipe heredero parecía justificar el estudio de estas naciones, con sus costumbres diversas y sus particularidades políticas y administrativas. Y el momento era oportuno para hacer un estudio comparativo de las naciones entre las cuales parecía esconderse el futuro inmediato de Europa. La supremacía española había recibido quebrantos fundamentales bajo el empuje del poderío francés, unificado por el absolutismo cada vez más riguroso de Luis XIV. Pero aún quedaba la mole gigantesca del imperio americano y el dominio sobre la mejor parte de Italia. La minoridad de Carlos II abría un desfiladero peligroso a la monarquía española, amenazada en todo momento por la emprendedora mocedad del monarca francés. Pero había una incógnita en la personalidad futura del rey Carlos. Un soberano enérgico e inteligente hubiese aún podido hacer temblar a Europa manejando hábilmente los enormes recursos del imperio hispano. Si la decadencia de la monarquía austriaca nos parece hoy incurable, los hombres de la época no estaban del todo seguros. Para ellos la España de Carlos V podía surgir de nuevo en cualquier momento.

Frente a España erguiose cada vez más decisiva la fuerza de la nueva Francia. La corte de Florencia estaba dividida en dos banderías. Una de ellas aspiraba a mantenerse en contacto con la monarquía española, aún dueña de Nápoles y del Milanesado: era la política seguida por los primeros grandes duques, que, gracias a ella, habían podido consolidar su dominio. Pero desde hacía tiempo el poder español daba señales de debilidad alarmante. Era peligroso comprometer el porvenir de Toscana solidarizándose demasiado estrechamente con la corte de Madrid. Los políticos perspicaces señalaban en la ascendente monarquía francesa los signos de una incontrastable preponderancia. Había que establecer a tiempo relaciones y buscar apoyos antes de que la necesidad los impusiera. Desde hacía tiempo la corte se había encaminado en esta última tendencia, y el desdichado

matrimonio de Cosme con Margarita era sólo un síntoma de la creciente aproximación a Francia.

La situación de Inglaterra atravesaba también momentos interesantes. De 1640 a 1660 Europa había contemplado con estupor la marcha triunfadora del movimiento revolucionario más audaz que hasta entonces había amenazado la institución monárquica, considerada desde los orígenes de la Edad Media como fundamento de todo el edificio social. Un rey condenado a muerte por sus vasallos; un caudillo popular que conserva el poder supremo hasta su muerte; una demagogía religiosa y militar que se pone imperiosamente en el sitio de las clases feudales, eran acontecimientos casi inverosímiles para las ideas políticas de la época; la singularidad histórica de Inglaterra aparecía por primera vez patente a los ojos del mundo. Y en 1660 el golpe de Monk, el retorno de los Estuardos y las nuevas dificultades para llegar a un equilibrio. En contraste con el absolutismo radical de la monarquía francesa, la inestabilidad de las instituciones inglesas en la pugna, aún no resuelta, entre rey y Parlamento, presentaba un porvenir de confusas posibilidades, cuya fecundidad era difícil comprender en aquellos años. Interesantes eran también las luchas en que Inglaterra comenzaba a quebrantar el poderío naval de los holandeses preparando su futuro dominio de los mares. Cosme había visitado Holanda muy detenidamente en su viaje anterior. Este segundo podía permitirle conocer a fondo las fuerzas con que contaba el adversario de enfrente.

Tal se presentaba lo que pudiéramos llamar paisaje político en el momento de emprender Cosme su viaje a las tres más poderosas cortes de Europa, descontando el Imperio. Para un príncipe heredero próximo a tomar en mano el timón del gobierno, el estudio no podía ser más oportuno y discreto. Y el gran duque había designado para que fuesen al lado de su hijo las personas más a propósito para encaminar su atención e iluminar su aprendizaje. En calidad de *camaradas*, según dicen los documentos, debían acompañarle en el viaje Paolo Falconieri, el conde Lorenzo Magalotti y los marqueses Filippo Corsini y Vieri Guadagni. De todos ellos la personalidad más destacada era Lorenzo Magalotti, al cual se debe la relación oficial del viaje. Por su superioridad intelectual y sus variadas aptitudes, Magalotti debía ser el alma de la expedición. En él se daban reunidas las más finas cualidades que podían adornar a un florentino de aquella época. Desde su primera juventud había participado activamente en el movimiento científico iniciado por Galileo. Cuando se constituyó la *Accademia del Cimento* el joven Magalotti fué nombrado secretario, con

el encargo de redactar las actas de los experimentos. Era poeta distinguido, y escribiendo en prosa sabía unir la precisión y la gracia elegante. Sus dotes de hombre mundano y los hábitos de su nacimiento y de su continua vida en la corte le capacitaron para desempeñar misiones diplomáticas. En todas partes el atractivo de su trato y su cultura, familiarizada con los problemas más actuales entonces, le conquistaban la simpatía y la atención curiosa y deferente. Para Magalotti el viaje ofrecía interés extraordinario como medio de ponerse en comunicación con las personalidades que en la literatura y en la ciencia abrían nuevos caminos a la vida espiritual europea. La vieja cultura florentina, ya en los comienzos de su ocaso, podía presentar en él todavía un digno representante a los medios intelectuales que continuaban vigorosamente la obra iniciada en las orillas del Arno.

Filippo Corsini, sin alcanzar la talla de Magalotti, era también persona culta. Posteriormente al viaje hizo una traducción al italiano de la historia de Solís, y fué individuo de la Academia de la Crusca, fundada para fijar y depurar la lengua toscana. A su pluma se debe la otra relación existente del viaje. Y así como en la de Magalotti se advierte una tendencia al juicio desdeñoso cuando habla de cosas españolas, tal vez por su visión cruel del atraso intelectual que advirtió entre nosotros, Corsini se abandona a una simpatía cordial, pronta siempre al elogio. Magalotti era uno de los más conspicuos representantes del partido francés en la corte de Florencia; en Corsini, el españolismo era tradición familiar y gusto espontáneo. Hoy todavía los príncipes Corsini ostentan su calidad de grandes de España.

Vieri di Castiglione era hermano del residente de Toscana en la corte de España, Dante di Castiglione.

La relación principal del viaje precedente fué redactada por el marqués Corsini. En este segundo tomóse además la feliz iniciativa de llevar en el séquito un artista, que fijase en dibujos amplios el recuerdo de todos los lugares donde el príncipe se detuviese. Fué este artista Pier María Baldi, personalidad oscura que sólo ha obtenido algunas líneas en los diccionarios biográficos más extensos, que apenas pueden atribuirle algunas obras de segundo orden. Su labor más importante es la ilustración de este viaje. La serie magnífica de vistas que van acompañando al texto de Magalotti en el código de la Laurenciana, son un monumento maravilloso para tener una imagen de los países recorridos por Cosme. Y la ironía habitual de las cosas ha hecho que este insignificante Baldi, nombre perdido en los repertorios, relegado en la lista del séquito principesco entre los ayudados de cámara, olvidado por las relaciones del viaje, sea quien ha fijado

el interés de la posteridad en una empresa condenada, sin el acierto de su pincel, a quedar recluida en los anaqueles polvorientos de un archivo, o cuando más a figurar en el panteón apartado de una colección de documentos inéditos. A Baldi le debe el pálido Cosme que franceses, ingleses, holandeses, belgas, portugueses y españoles hayan debido interesarse por su turbia persona y por sus gestas desdichadas. Los dos espléndidos volúmenes del códice, con sus vistas de España, Portugal, Inglaterra, Holanda, Bélgica, Francia e Italia, constituyen uno de los más preciosos textos de viaje que se conocen, y como presentación de lo que en el siglo xvii eran las tierras de Europa, tienen un valor sencillamente incomparable. Entre tantos recuerdos grotescos o sombríos, Cosme ha dejado al menos este testimonio, último acaso de la generosa sangre medicea. Bien es verdad que el proyecto se tramó en la corte del gran duque Fernando, capaz todavía de tener aspiraciones intelectuales.

El día 18 de septiembre de 1668, por la mañana, partió el príncipe de Florencia en coche, acompañado por los dichos camaradas y seguido por la comitiva de su servidumbre en dirección a Liorna. Embarcado allí en una galera toscana, fué bordeando la costa ligure y después la francesa, hasta el golfo de León y la frontera española. Hicieron escala en Portofino, Vado, Mónaco, Port Cros, Marsella y Cacastracci; el 24 fondeaban en Cadaqués, primer puerto de la corona de España; el 27 en Rosas, el 28 en Palamós, después de una navegación penosa, y finalmente el 29 llegaban a la vista de Barcelona, meta del viaje marítimo y punto de arranque para la excursión por el interior de la Península.

Desembarcó el príncipe en Barcelona, donde permaneció hasta el 5 de octubre, visitando los monumentos y asistiendo a los obsequios que se le ofrecieron. El incógnito que deseaba mantener Cosme para no perder la libertad de sus movimientos le obligaba a un forcejeo continuo con las autoridades, deseosas de multiplicar los agasajos y de tratarle, como huésped oficial, según exigía su rango.

El 5 de octubre partió en coche el príncipe camino de Madrid con toda la comitiva. La ruta debía ser por Zaragoza, Guadálajara y Alcalá. Desde este punto las ilustraciones que acompañan el texto adquieren un interés extraordinario. Dondequiera que se detenían, ya para dormir, ya simplemente unas horas para comer y partir las fatigas de la jornada, Baldi tomaba sus apuntes. En muchas ocasiones estas etapas de descanso coincidían con lugares insignificantes, que por sí mismo no hubiesen podido atraer la atención de un viajero. De ahí el carácter singular de estas vistas. En ellas tenemos la visión de

una España íntima, aldeana y campesina, que no suelen dar las vistas corrientes, limitadas a las ciudades más célebres o a los monumentos de mayor renombre. Baste dar los nombres de las etapas, que son también los de las vistas: Martorell, Monserrat, Igualada, Hostalets, Tárrega, Mollerusa, Lérida, Fraga, Burjalajos, Osera, Puebla, Zaragoza, Muela, Cariñena, Mainar, Daroca, User, Tortuera, Anchuelo, Maranchón, Alcolea, Villarjanejos, Torrija, Guadalajara, Alcalá de Henares y, por fin, Madrid. El texto del viaje, cohibido por la inexpresividad reservada de los documentos oficiales, queda muy por debajo de las ilustraciones. La vivacidad que Magalotti no podía permitirse en su carácter de cronista áulico, atento a los detalles del protocolo más que a las sorpresas del paisaje, no encuentra cortapisas en el lápiz de Baldi. Su fidelidad de modesto dibujante nos ha conservado imágenes de la tierra española, que seguramente no podían ser interpretadas por la literatura de su tiempo. Paisajes que entonces hubiesen parecido con dignidad insuficiente para una consagración estética, entran a ilustrar el frío texto del viaje en calidad de elementos informativos. En cumplimiento casi mecánico de sus deberes, Baldi dedica una vista a Zaragoza y otra de igual tamaño a un lugarejo miserable perdido entre las montañas aragonesas.

El 24 de octubre entró el príncipe en Madrid por la puerta de Santa Bárbara. Cerca de ella tenía su palacio el residente de Toscana en Madrid, Dante Castiglione, y Cosme había decidido alojarse en este palacio durante su permanencia en la corte, rechazando el hospedaje en el Buen Retiro que le ofrecía la reina doña Mariana. Quería conservar su carácter de incógnito, y las repetidas instancias de los secretarios de la reina no consiguieron apartarle de su resolución. Para mantenerla negóse constantemente a recibir en su residencia a los personajes que se acercaron a él para saludarle. Lo más que les concedió fué ofrecerles ocasión de encontrarse con él en sus visitas a las iglesias o en otros lugares públicos.

Desde el 24 de octubre al 13 de noviembre el príncipe se consagró a ver todas las cosas interesantes que Madrid podía presentarle. La devoción de Cosme y la asiduidad de sus prácticas piadosas hacían de su viaje una especie de peregrinación a todas las iglesias que tuvieran algún interés por su magnificencia artística o por las imágenes en ellas veneradas. Oía misa todos los días y combinaba el cumplimiento de este devoto deber con su curiosidad de viajero, recorriendo sucesivamente los templos de Madrid y enterándose de sus cultos. Su curiosidad piadosa debía de ser grande en un país de vigorosa tradición católica, de religiosidad hondamente arraigada

en los sentimientos populares. El autor de la relación recoge cuidadosamente todas las leyendas piadosas que le salen al paso, no sin subrayarlas a veces con discreto escepticismo. En la descripción y juicio de los elementos artísticos se trasluce cierto desdén florentino hacia las obras imperfectas de los bárbaros, desdén que rebasa los límites del prejuicio en más de una ocasión. Es extraño que en la revista pasada por Magalotti a la colección de cuadros, ornamento del Alcázar, no aparezca la más leve alusión a los lienzos de Velázquez. Toda su atención y su loa son acaparadas por los grandes italianos, Tintoretto, Tiziano, Pablo Veronés, Bassano, y a lo más consiente en extenderse hasta un Rubens, que en Italia había conquistado los primeros laureles de su gloria.

Fuera de las iglesias visitó el príncipe el palacio del Buen Retiro, el Alcázar, la Casa de Campo y algunos palacios particulares.

El 7 de noviembre fué recibido por la reina en el Alcázar. La descripción de esta curiosa recepción puede leerse en la traducción del texto que sigue. Los ilustres viajeros, como ahora dicen los cronistas, habían llegado a Madrid en momentos de marejada política. Muerto Felipe IV en 1665 tomó la dirección del Estado su viuda, la reina doña Mariana de Austria, como regente durante la minoridad de su hijo el rey D. Carlos II, que a la sazón contaba seis años de edad. El favor concedido por la reina al jesuíta P. Everardo Nithard había provocado el resentimiento de D. Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, que se consideraba con fuerza bastante para oponerse al gobierno de la corte. A mediados de octubre de 1668, y después de diversos incidentes, doña Mariana decidió despachar una tropa a Consuegra, lugar donde vivía desterrado D. Juan, para que lo trajesen preso a la corte. D. Juan consiguió huir a tiempo sin dejar rastros de la dirección que había tomado. Por los días de estos dramáticos acontecimientos llegó el príncipe Cosme a Madrid. La corte y el pueblo estaban revueltos y alborotados. La reina y su privado se sentían inquietos ante la fuga de D. Juan y las consecuencias peligrosas que de ella podían derivarse. El pueblo, mal dispuesto contra la reina y el padre por su condición de extranjeros, esperaba complacido la tempestad que parecía amenazarles. La animosidad pública se desahogaba en pasquines, y entre D. Juan y el jesuíta se cruzaban escritos acusadores e insultantes que atizaban la pasión de las gentes.

La discreción diplomática, musa inspiradora del relato escrito por Magalotti, no le consiente comentario alguno sobre estas turbulencias. Pero no por eso deja de traslucirse la impresión desfavorable que debió producirles la España de Carlos II. Más de una vez asoman

observaciones sobre la deficiencia de las fortificaciones y sobre la organización militar. Aquel año de 1668 había sido además particularmente desdichado para los españoles. El 13 de febrero firmaba la reina el tratado de paz con Portugal, reconociéndole de nuevo su independencia, después de una guerra prolongada que había hecho patente la insuficiencia militar de la monarquía. Y pocos meses después, el 2 de mayo, la paz de Aquisgrán reconocía a Luis XIV otra guerra victoriosa y le abandonaba las plazas de Flandes que había conquistado. En la terrible partida entablada con el soberano borbónico, la fuerza de las cosas imponía a España un fracaso ineludible. Sus dominios europeos estaban dispersos y lejanos del centro vital de la monarquía; Luis XIV, situado en el centro, podía elegir el punto más favorable para concentrar en él todo su empuje. Los recursos de la nueva Francia, unificados, eran muy superiores a los de la monarquía española. Y una técnica militar nueva reducía a la impotencia la organización de los viejos tercios.

El príncipe Cosme, emparentado por su matrimonio con Luis XIV, pudo ver sin disgusto todos estos descalabros militares y políticos. Su *camarada* Magalotti, por su parte, no dejó de observar el atraso en que los estudios se hallaban. La breve permanencia en Alcalá le permitió formarse juicio. El texto de la relación se esfuerza por aparecer impasible, aunque la ironía se transparente en varios pasajes. Las vestimentas de los escolares le parecen ridículas. Le sorprende que lleven consigo toda clase de armas, y los encuentra insolentes y pendencieros. Nada añade sobre la calidad de sus estudios. Pero en una carta íntima declara crudamente el concepto que le merecen: *Tutta la presente letteratura di Spagna, dice, si reduce adunque a Teologia scolastica, a Paragrafi e a Medicina vieta e rancida, quale appunto sta scritta ne' libri di Galeno. Vene latte, vasi toracici, glandole pineali, dutti linfatici, virsungiani, circolazione di sangue, forami ovali, sono nom mongolici e geroglifici alla egiziana, in riprova di che basti a V. A. il sapere che in Alcalá (degnisi, la supplico, S. A. di notar bene, in quella famoso adunanza di nomaccioni son'otto o dieci anni che non si è falta notomia e pure in questo tempo sono usciti di solenni dottori in Medicina)*. En la misma carta afirmaba que el doctor Gornia, médico de la comitiva no había podido hablar latín con nadie en Alcalá, y que el Padre bibliotecario del Escorial se había quedado estupefacto ante sus conocimientos de griego, que, según él mismo confiesa, no pasaban de la modestia más elemental. Admitamos que en estos dos puntos ha podido cargar un poco la mano, lo que hoy llamaríamos

hispanofobia de Magalotti. La facilidad con que españoles e italianos se comprenden, aun sin conocer bien la lengua del interlocutor, ha podido dar ocasión a lo primero. Y lo segundo pudo ser debido a la cortesía hiperbólica del catedrático.

La impresión general que produjera Madrid en los florentinos la encontramos compendiada en unas líneas del diario escrito por cierto Giacomo Ciuti, que en la lista del séquito figura con el papel de *spenditore*, o sea algo así como tesorero. *La ciudad de Madrid*, dice, *no es muy grande, pero tiene calles muy anchas, rectas y largas; pero como no hay retretes arrojan todas las inmundicias por las ventanas y sobre los tejados, o a un canalillo que las lleva fuera de casa, de suerte que toda la ciudad es una pocilga y se camina siempre hasta media pierna; bien es verdad que como el aire es tan caliente la suciedad se reduce en seguida a polvo; pero donde el terreno es bajo y profunda la porquería, con el paso de los coches y las bestias no tienen un olor muy agradable.* Estas objeciones a la limpieza se repiten a lo largo del viaje. Véase lo que sobre Alcalá de Henares dice el diario de Magalotti. El mismo Ciuti apunta cuando llegan a Torrija: *ciudad de hermosa apariencia, pero sucia, según uso de España*, y con poca gente. Y algo después insiste en lo mismo al hablar de Guadalajara: *Esta ciudad es muy sucia, tiene poca nobleza y sus casas se hallan muy ruinosas; pero el campo está muy bien cultivado de grano.*

He aquí algunos detalles que parecen sorprender al buen Ciuti en sus paseos por Madrid: *Todos los tenderos y los operarios están en la tienda con la espada al cinto y capa sobre los hombros. Por Madrid no se ve ninguno sin espada, como no sean los sportilleros.* Y no sin desesperación en su curiosidad por las bellezas madrileñas, añade después: *Las mujeres van con manto o velo, todas cubiertas, y no se les ve otra cosa que un ojo, el cual deja el velo descubierto.*

A pesar de los tiempos azarosos, y en contradicción con la miseria pública, que paralizaba todas las decisiones del Gobierno en sus contiendas con Luis XIV, el lujo de la corte continuaba con toda su ostentación jactanciosa: *Los grandes de España están con grandísimo lujo*—dice Ciuti—, *teniendo coches de dos y de cuatro mulas, con gualdrapas. Pero ninguno puede llevar seis, sino por el campo, pues en la ciudad está reservado al rey.*

Uno de los usos que más intriguaron a los florentinos fué el chocolate. Este uso, generalizado en las Indias españolas siguiendo el ejemplo de Méjico, en que era tradición indígena, se había introduci-

do en España con aceptación entusiasta. Desde España iba poco a poco extendiéndose por tierras de Europa. En Francia se introdujo en 1651. Pero el célebre Pedro Bayle, en uno de los primeros números de sus *Nouvelles de la République des Lettres* (1687), habla del chocolate y del café al mismo tiempo como novedades todavía curiosas en su tiempo. El doctor Juan Bautista Gornia, que acompañaba al príncipe en calidad de médico, tomó en el diario que hizo del viaje nota exacta de los ingredientes con los cuales se formaba la sabrosa bebida, y apuntó las observaciones que sobre la influencia de su uso en la salud le comunicaron los colegas madrileños. Y cuando pensó la reina de hacer un presente al príncipe Cosme antes de su partida, no se encontró nada más oportuno que regalarle una magnífica caja llena de pastillas de chocolate.

No sabemos si estas pastillas endulzarían al príncipe el desengaño que su amor propio había sufrido en la corte de España en cierto detalle de etiqueta. Tanto la corte imperial como la de España se habían negado a conceder a los grandes duques de Toscana el tratamiento de alteza, tal vez por la falta de abolengo feudal en la dinastía de los Médicis. Cosme abrigaba, sin embargo, la secreta esperanza de que su visita moviera a la corte de España a concederle esta distinción. El residente Vieri di Castiglione hizo alguna exploración para saber si la reina, en su entrevista con el príncipe, le dirigiría este tratamiento. El resultado fué desfavorable, y Cosme hubo de esperar a sentarse en el trono de Toscana para comprar del emperador el derecho a ser llamado por todos alteza. Sin embargo, por condescendencia con estas pretensiones, las autoridades le solían dar tal tratamiento, y las relaciones lo registran complacidas.

El 25 de noviembre salió el príncipe de Madrid para el Mediodía de España, después de haber hecho una visita al Escorial, dirigiéndose a Toledo por Valdemoro, Aranjuez y Villaseca. Esta segunda parte de su itinerario por España queda fuera de los límites impuestos a esta introducción. Baste indicar que visitó Córdoba, Granada, Sevilla y Badajoz; que desde esta ciudad penetró en Portugal para ir a Lisboa, y que de Lisboa continuó su viaje hacia el Norte por Oporto, y volvió a pisar tierra de España en Túy. Finalmente, después de visitar Pontevedra y Santiago de Compostela llegó a La Coruña, donde embarcó en la nave inglesa que lo condujo a Irlanda, para pasar después a Inglaterra.

He aquí las etapas desde Toledo, representadas por otras tantas vistas: Mora, Consuegra, Villarta, Membrilla, Villanueva de los Infantes, Venta Nueva, Venta de San Andrés, Venta de los Archillos,

Linares, Andújar, El Carpio, Alcolea, Córdoba, Cortijo de Cariñena, Cortijo del Salitral, Alcalá la Real, Pinos, Granada, Soto de Roma, Santa Fe, Loja, Ruten, Lucena, Montilla, Ecija, Fuentes, Carmona, Sevilla, Triana, Castilblanco, Santa Olalla, Fuente de Cantos, Fuente del Maestro, Solana, Lobón y Badajoz. El itinerario en Portugal comienza en Campomayor y sigue por Elvas, Villaviçosa, Montes Claros, Estremoz, Evora, Montemor, Setúbal, Palmella, Lisboa, Alcántara, Villa Longa, Villa Franca, Santarem, Tomar, Coimbra, Agueda, Porto, Viana y Caminha. Pasado el Miño visita Túy, Redondela, Pontevedra, Padrón, Compostela, Povolo, Valle de Barcia y Coruña.

* * *

El relato oficial del viaje de Cosme, príncipe de Toscana, se halla en dos magníficos volúmenes encuadrados en tafilete, de 0,93 de alto por 0,59 de ancho, con dibujos de Pier María Baldi, joya de la Biblioteca Laurenziana de Florencia (Méd. Pal., 123). El trayecto por España y Portugal ocupa todo el primer volumen, juntamente con la salida de Florencia y la travesía marítima. En el segundo comprende la parte referente a Inglaterra, Holanda, Bélgica y Francia, con el regreso a Florencia.

* * *

Traducimos a continuación los trozos más interesantes del viaje en su trayecto por la provincia de Madrid, prescindiendo de las noticias personales referentes al príncipe, salvo en el caso de su recepción en el Alcázar. El *Centro de Estudios Históricos* prepara la edición del viaje completo, con reproducciones de las vistas que lo ilustran.

ALCALÁ DE HENARES

Alcalá de Henares, llamada así por el río que pasa junto a ella bordeando la montaña que por la parte del mediodía está a su espalda, a diferencia de Alcalá la Real de Andalucía, título del primogénito de la casa de Medinaceli, es una pequeña villa célebre por la Universidad, en la cual florecieron, y se pretende que singularmente florezcan hoy todavía (como en Salamanca las leyes), la Teología y la Medicina. El Colegio Mayor fué fundado por el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, Arzobispo de Toledo e Inquisidor General de España, además de otros cuatro colegios, asignándoles una renta anual de 35.000 escudos para sueldos de los catedráticos y alimento de los colegiales. Su sepulcro se encuentra en la iglesia contigua a la Universidad. Ésta es un edificio ricamente ornamentado; sólo la primera entrada resulta verdaderamente infeliz; pero subidos pocos escalones se entra en un patio bastante amplio con tres órdenes de columnas, todas de piedra berroqueña, que se estaban entonces fabricando con el sobrante de las rentas indicadas. De aquí se pasa a otros dos patios fabricados asimismo de piedra blanca, cuya cantera se encuentra tres leguas distante de Alcalá en un lugar llamado Pioz, piedra menos noble y dura que el granito. Alrededor están dispuestas las escuelas y la sala donde se dan los grados, notable por el tamaño y la suntuosidad de su construcción. Además de éstos hay otros 14 colegios, fundados en parte por los reyes, en parte por los arzobispos de Toledo, y entre estos colegios muchas naciones del reino tienen uno especialmente destinado a sus hijos. Todos los colegiales visten trajes especiales, y muchos de estos trajes tienen una apariencia ridícula para quien los ve por vez primera. Las lecciones comienzan el día de San Lucas y terminan en Semana Santa. Pero los colegios dan de comer a todos los que quieren seguir allí durante las vacaciones. Además de los colegiales hay otras dos clases de estudiantes. Los primeros son los nobles, o sea aquellos que viven como nobles, los cuales tienen casa por su cuenta con toda la servidumbre que quieren. Los otros son como pensionistas, y están en casa de bachilleres o doctores, llamados escolares, que les sirven de repetidores. La escolaresca es, en general, insolente; llevan armas de todas clases, y por la noche, divididos entre sí en facciones, hacen extraños alborotos. El dominio superior de la villa y el provecho que de ella se obtiene pertenecen al rey. Al arzobispo, como se ha dicho al principio, corresponde tan sólo el gobierno político, además del espiritual, ejercido por un vicario foráneo que tiene jurisdicción sobre la villa y su distrito, pero sujeto al arzobispo de Toledo, que de ordinario tiene su residencia en Madrid.

Por lo demás la villa es pequeña, y en otro tiempo tuvo gran renombre por sus murallas, como se ve por el proverbio aún corriente; *Alcalá de Henares, qué bien pareces por tus muros, torres y capiteles*. De todas

estas cosas sólo quedan las torres, frecuentísimas en su contorno, pero al presente sólo unidas por muros de tierra débiles y bajos. Por lo general, los edificios son bastante buenos, y los peores, como más antiguos, se encuentran en los sitios principales, o sea en la calle Mayor, casi toda ella con pórticos sostenidos por mezquinísimas columnas de piedra blanca, y la plaza del mercado. Las dos calles mejores son la de Santiago y la de Roma, así llamada por las frecuentes iglesias y conventos que en ella se encuentran. Todas, por lo regular, son intolerables a causa del mal olor que se produce por la costumbre de arrojar a ellas en pleno día las inmundicias más fétidas. Las cosas más estimables de este lugar, y si se ha de creer al proverbio, son las calles, las muchachas y cierta uva blanca de comer. De las primeras ya se ha hablado; de las otras dos cosas no encontramos entera confirmación, por lo que nos pareció.

MADRID

LA IGLESIA DE ATOCHA

El día 28 (*octubre de 1668*), S. A., con toda su corte, se puso en traje negro a la española y salió hacia las once a oír misa en Nuestra Señora de Atocha. Esta imagen, que es una estatua antigua, goza de grandísima veneración en Madrid. La iglesia queda muy fuera de mano, y del palacio del Retiro se va a ella atravesando el huerto de los frailes, que son Dominicos. Esta vecindad ha contribuído grandemente a la fortuna del convento y de la iglesia, cuya fábrica se valúa en 200.000 escudos de plata, aunque no tenga apariencia de haber costado la mitad, ni aun la cuarta parte, pues la forman solamente unas paredes blancas y unas bóvedas adornadas muy ligeramente con estucos. La planta es de una nave con dos alas de capillas, las cuales, por la parte donde está la imagen de la virgen, colocada a la derecha según se entra, quedan reducidas a una nave por haberse suprimido las paredes intermedias. Toda esta nave está convertida en capilla, en torno a la cual se hallan encendidas de continuo bajo el plano de una barandilla que la recorre unas 45 lámparas grandes de plata. El altar parece muy rico por la talla y por el oro, pero en substancia es todo él de madera, sin nada de metal. La imagen está sentada sobre un pedestal aislado dentro de un nicho profundo que se halla en el centro de toda la arquitectura del altar. Está ricamente vestida y adornada con muchísimas joyas, y dicen que tiene un riquísimo tesoro de vestiduras. Los arcos de esta nave o capilla que dan a la nave principal, correspondiendo a los de las capillas de enfrente, están cerrados de alto a bajo con verjas de madera dorada. Donde comienza la barandilla indicada, es decir, más cerca del altar por el ángulo del evangelio, hay un gran tambor de cristal desde el cual asisten el rey y la reina a las misas y a la celebración de los divinos oficios. En el altar de la Virgen es costumbre decir la misa con dos misales que están allí siempre preparados en atriles y el cáliz en medio, por lo cual el sacerdote, una vez dispuesto, va de la sacristía al altar con las manos juntas.

LA CASA DE CAMPO

Al volver a casa S. A. se apeó [del coche] para ver la Casa de Campo, antigua casa de recreo de los reyes de España, hasta que construido el Retiro por el Conde Duque, empeorando de condición, se convirtió en lugar dedicado a los placeres menos inocentes de Felipe IV. Por un portón, que nada tiene de regio, situado en el camino que bordea el Manzanares, se entra en un pradillo. A mano izquierda se encuentra una especie de taberna; en frente el terreno se levanta hacia unos montecillos poco amenos, y a mano derecha se angosta en un paseo muy corto que conduce a la Casa del Rey, la cual en Toscana no sería en nada impropia de un particular acomodado. Podría decirse que es un pedazo de casa construida toda ella de ladrillo, excepto las columnas de una misera galería que está en medio de las dos alas del edificio. La anchura de la indicada galería es la de toda la casa, pues por la puerta contraria a aquella donde está la entrada se sale al jardín, que aparece como un cuadro circundado de muros. Tal como es resulta muy bello, si para rey tan grande puede decirse bella cosa tan estrecha, reducida al entrecruce de dos paseos con una plaza en medio circundada de árboles altísimos que encierran en el centro una fuente de mármol blanco compuesta de tres tazas, una sobre la otra, sin agua. Dijeron que el agua existe, y que es conducida por ocultos canales más arriba de los árboles, volviendo a caer en forma de lluvia; estos canales deben de estar casi todos estropeados por abandono. Entre la fuente y la casa está, sobre un pedestal muy gracioso de mármoles de Carrara, un caballo de bronce, dado por un Gran Duque de la serenísima Casa de Médicis, con la estatua de Felipe III, armado, estatua que disuena delante de un edificio tan desdichado. El paseo abajo por el río, como se hace en verano, no puede ser más hermoso, extendiéndose las orillas con gran amplitud y no más altas de lo que es el lecho de río, cubiertas, en toda su extensión, de chopos altísimos y de otros árboles de sombra. La vista encuentra allí por todas partes su satisfacción; por un lado se contempla sobre la cima de una larga cuesta extendida por igual en gran trecho, el palacio del Rey con una larga cinta de edificios interrumpida de cuando en cuando por frondosos jardines y por varias plantaciones de árboles que, rompiendo con su verdura la continuación de las casas, hacen una mezcla agradable de ciudad y de campo. Por encima se extiende una amplia vista que, más allá de una magnífica quinta del marqués de Castel Rodrigo, llamada la Florida, acaba en la perspectiva de unas montañas lejanas; y del otro lado, que cierra la tapia de la Casa de Campo, los árboles de ésta, alzándose por encima del muro, no dejan faltar la verdura por esta parte; debajo se ve todo el bellísimo puente del Manzanares, de 770 pasos de longitud y 23 de anchura, completamente fabricado de piedra y adornado en los bordes de gruesas bolas, igualmente de piedra, colocadas encima de pedestales que descansan sobre cada uno de los

pilares del mismo. Entre éstos solamente nueve arcos están abiertos por la parte inferior, de los cuales sobran la mitad para el agua que lleva el río. Todo el resto es macizo, hecho más bien por magnificencia de levantar el camino, que resultaría aquí demasiado bajo, que por necesidad. Antes de que comiencen los arcos se abren de un lado y otro los bordes, y bajando con declive muy suave hasta el río permiten a los coches subir y bajar por varios lados al paseo que se hace en el mismo lecho del río.

LA IGLESIA DEL CARMEN Y OTRAS

Esta iglesia es moderna con una sola nave y dos alas de capillas. Está adornada con estucos blancos, que sólo en la cupulilla y en la bóveda que cubre la tribuna y los brazos de la cruz están ligeramente dados de oro, y sobre los arcos de las capillas se encuentran los corillos. Es de las iglesias más frecuentadas de Madrid por señoras y caballeros la mañana de las fiestas a última hora. Hay en ella 140 religiosos. En un claustro, todo él fabricado de piedra berroqueña, hay dos capillitas muy elegantes, una de San Alberto y la otra de Santa María Magdalena de los Pazzi. Del Carmine fué S. A. a Nuestra Señora de la Soledad, imagen tenida en grandísima veneración, al hospital de los Italianos y a los Agustinos Descalzos, llamados Agustinos Recoletos, todas ellas iglesias pequeñas. En esta última se entra desde la iglesia en una capilla muy adornada con dorados, donde hay una imagen de Nuestra Señora, de gran devoción en Madrid.

LA IGLESIA DE LOS JESUÍTAS

Después de comer fué S. A. a ver la iglesia de los Jesuítas, delante de la casa del conde de Molina, que entre las casas de Madrid puede pasar por palacio bastante razonable. La indicada iglesia tiene la fachada de piedra berroqueña levantada hasta todo el primer orden con dibujo muy noble y majestuoso. Dentro hay un pórtico, al cual se abren las tres puertas de la fachada. La iglesia es una cruz muy grande con pilastras de un nuevo orden por la mezcolanza impropia del dórico y del corintio. La bóveda está adornada con cornisamentos de estucos pintados al fresco. Las capillas abiertas en los muros de la nave principal son suficientemente grandes. La cúpula no es de media naranja, pero tiene su tambor iluminado con numerosas ventanas. Pero la bóveda descansa de una manera desdichada. De la iglesia subió S. A. a la librería atravesando una parte de las habitaciones de los padres, que son muy modestas. La librería ocupa una buena estancia cuadrada cubierta por una bóveda de arista, y sobre el primer orden de la estancia se extiende una galería con su balaustrada de madera pintada de negro.

LA CAPILLA DE SAN ISIDRO

De los Jesuítas fué a ver la nueva capilla de San Isidro, unida a la parroquia de San Andrés, a la cual el santo perteneció durante toda su vida. La iglesia ha sido rehecha casi por completo, pero con todo resulta muy pequeña y sin adornos. Se entra en ella de lado, y pasada la iglesia se encuentra a mano izquierda la capilla de San Isidro, que dividida en medio por un arco flanqueado de dobles pilastras viene a resultar en una figura de dos cuadrados. El primero, que sirve de atrio, está dividido por pilastras en cuatro entrepaños, en los cuales están cuatro historias de la vida del santo pintadas en competencia por los pintores del rey. El segundo está adornado con gruesas columnas estriadas de mármol gris (cuya cantera se halla cerca de Toledo), las cuales sostienen la cornisa. En medio se encuentra el altar con cuatro frentes para celebrar en él cuatro misas al mismo tiempo. En el medio, sobre sagrario, se alza un pedestal de mármol, que debe sostener la urna de plata donde se encuentra el cuerpo del santo, que en aquel tiempo se hallaba detrás de la nueva iglesia en una capilla antigua, gótica y oscura llamada la Capilla del Obispo, de un obispo que la fundó, cuyo sepulcro, rico monumento de mármol, se encuentra allí. El tabernáculo que cubre el altar está sostenido por ocho columnas de mármol rojo y blanco, traído también de las cercanías de Toledo. De las columnas para arriba es todo él de madera pintada y dorada y adornado puerilmente de estatuillas también de madera. La bóveda de la cúpula y del atrio está toda adornada con estucos sobre fondo de oro, pero groseros y mal trabajados. El pavimento es de mármoles, y los frontales del altar cuadrangular son de mezclas que imitan la piedra. La parte de fuera es de ladrillo, pero los ángulos, frisos, cornisas y jambas de puertas y ventanas son de piedra berroqueña. La iglesia ha sido construída de limosnas hechas por varios bienhechores y se han gastado en ella más de 500.000 escudos. De San Isidro marchó S. A. a San Francisco, iglesia sin nada de particular, con otras dos iglesias o más bien capillas anejas: una, llamada de Nuestra Señora de la Aurora, imagen de relieve tenida con gran veneración entre lámparas de plata, y la otra, del Santo Cristo, por conservarse en ella un Crucifijo de mucha devoción.

EL PRADO NUEVO

De allí por el Prado Nuevo, que es una calle ancha plantada con dos hileras de olmos por la cual se baja hasta el río y en la cual se encuentran numerosas fuentes de piedra, todas ellas muy pobres de agua, se baja a la Florida. A mano derecha del Prado Nuevo, el terreno en declive de la colina está lleno de huertas, llamadas, en general, *Las Huertas de las Minas*

por algunos agujeros profundos a manera de cuevas. La Florida es un edificio muy cómodo de dos pisos, adornados con algunos cuadros venidos de Flandes para el marqués de Castel Rodrigo. Delante tiene un prado, y en medio hay una fuente de mármol blanco, que es una gran pila angular, con una taza sostenida por tres figuras dentro. A un lado y otro de la casa hay dos pequeñísimos jardinillos que llegan hasta el prado, y debajo de éste igualmente hay otro jardinillo rodeado por un emparrado bello y grande con dos tazas de piedra que echan agua. En la puerta que mira al río hay otra fuente. Arriba, más cerca de la casa hay un gran cuadro, en torno al cual han construido recientemente un muro, destinado a plantar en él ciertas flores traídas de Flandes, de donde habían venido también dos jardineros.

LA IGLESIA DE DOÑA MARÍA DE ARAGÓN

El día 30 del mismo mes [octubre] fué S. A. a misa a la iglesia de Doña María de Aragón, así llamada del nombre de su fundadora que construyó la iglesia y el convento. La iglesia es como las otras vistas y descritas hasta ahora...

LA SACRISTÍA DE LA IGLESIA DE LA MERCED

Es muy bonita, fabricada de nuevo y adornada con pinturas y espejos... Los frailes enseñaron un cuadro de terciopelo negro, sobre el cual hay un Crucifijo todo él recamado de perlas, y sobre el mismo fondo tiene todos los instrumentos de la Pasión de oro macizo cubierto de joyas. Este cuadro es puesto el día del Jueves Santo delante de la arquilla, en la cual se guarda el Santísimo. La iglesia es parecida a las otras; solamente la cúpula se distingue por la pintura del pintor Colonna, de Bolonia, la cual, aunque escasa de figuras, resulta muy bonita por la armonía y la belleza de los colores. El asunto es la Anunciación de la Virgen. En una capillita baja, a mano izquierda entrando, está la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, tenida con grandísimo decoro y alumbrada por 40 lámparas. Detrás de ella hay una pequeña sacristía particular con pinturas muy razonables. De allí se pasa al claustro, cuyas fachadas al patio son todas de piedra berroqueña.

LA TRINIDAD CALZADA, SAN FELIPE Y OTRAS

La iglesia es también muy buena, y el claustro, que había sido comenzado de piedra, no llegaba más arriba del primer orden. Las paredes de este claustro están adornadas con algunos cartones de tapices que vienen de las estampas de Alberto Durero. Fué después a la iglesia de San Felipe, completamente semejante a las otras, consistiendo todas en pilastras adornadas con estucos, entre las cuales quedan los arcos de las capillas. Al volver a casa

bajó del coche en el convento llamado de la Paciencia de Cristo, habitado por los Capuchinos. Fué fundado por la reina Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV, y está construído en el lugar donde hace unos treinta y cinco años hubo una casa en la cual, reuniéndose a menudo algunas familias de hebreos portugueses, maltrataban la imagen de un Crucifijo, el cual, según dicen, les habló tres veces para que se arrepintieran, y ellos, por temor de que hablando revelase su delito, pensaron quemarlo; pero puesto sobre las brasas el fuego no hizo presa en él, y rompiéndose en pedazos desapareció sin saber cómo. Descubiertos por la ingenuidad de un muchacho de los suyos fueron quemados, y como reparación en la manera permitida al poder humano fué construído aquí por la piedad de la indicada reina el mencionado convento, al cual puso nombre el rey mismo. Se encuentran en este convento de ordinario 35 religiosos, que, por ahogo de las construcciones próximas, no pueden extenderse mucho.

LA IGLESIA DEL NOVICIADO

Es la más bella de todas las iglesias vistas, por el tamaño, por el dibujo, por la alegría, por el adorno de las capillas y por las pinturas con las cuales está enriquecida la bóveda. La cúpula había sido reparada solícitamente porque con su peso produjo grandísimas grietas en los cuatro arcos que la sostienen, amenazando ruina. Aquí tuvo desde un principio su habitación el padre confesor, el cual, a sus expensas, adornó con tallas de madera dorada y pintada la mayor parte de las capillas, vueltas a usanza de Alemania hacia el altar mayor. Sobre los arcos de estas capillas están los corillos, en cuyos antepechos se ven cuadros con episodios de la vida de San Ignacio. Este es el único Noviciado que tienen los Jesuitas en Madrid y en España. Las habitaciones son buenas, pero no magníficas; la huerta es capaz, pero más de provecho que de recreo. En la casa hay una capilla modesta y adornada, en la cual hacen los novicios sus ejercicios de piedad.

SAN BERNARDO Y SAN BERNARDINO

Es una iglesia sin nada de particular; San Bernardino está a milla y media de Madrid, y en él viven hermanos de la reforma de San Francisco. El convento es muy modesto y la iglesia no es en nada impropia de pobres religiosos.

LA CASTELLANA

De allí pasó S. A. a tomar el aire hacia la Fuente Castellana, que es un agua proveniente de las montañas próximas; es recogida a una milla de Madrid en un pozo desde el cual pasa a un grueso caño que la conduce y reparte

por muchos sitios de la ciudad. Poco más abajo del pozo hay una fuente, o más bien un abrevadero de piedra, para comodidad de los pasajeros y de las bestias. Este agua es considerada la mejor de Madrid, aunque para la boca del rey se use otra que surge a media legua de Alcalá. El manantial vierte en un depósito que está cerrado con dos llaves, una guardada en la Corte y la otra por el corregidor del lugar. Ninguno, por tanto, puede llegar al sitio donde mana; sólo pueden utilizar las filtraciones en un punto que permanece abierto. Es también famosa el agua de Húmera, que brota a una legua de Madrid, y la fuente llamada del Membrillo porque hace algunos años surgía al pie de unos de estos árboles por debajo de la Casa de Campo; ahora vierte en una fuente de piedra colocada en el paseo del río. Toda la excursión de este día hecha por su S. A. fuera de la ciudad fué por un país desigual, arenoso, y, por consiguiente, pelado e infecundo como es todo el distrito de Madrid.

LA IGLESIA DE LAS DESCALZAS REALES Y LA DE SAN MARTÍN

Es pequeña y sin ninguna particularidad que la distinga de las otras, y de allí, a pie (pues sólo hay que atravesar una placita), fué [el príncipe] a oír misa a la iglesia de San Martín. Tampoco ésta es muy grande; parece moderna, o por lo menos, modernizada, no habiendo de antiguo más que dos grandes capillas que se encuentran a mano izquierda según se entra y son más profundas que las demás. Por ser día de difuntos se celebraban en ella los acostumbrados sufragios. En el catafalco erigido delante del altar mayor no había nada distinto de lo que es uso en Italia. Pero es digno de recuerdo la costumbre supersticiosa que tienen las mujeres para dar un imaginario alivio a las ánimas de sus difuntos. Extienden un paño negro (un tapete o una capa, según sus recursos) sobre las sepulturas y se sientan encima tapadas una o más de una, conforme al número de las familias. Delante disponen una fila de candeleros y alguna otra a sus espaldas, al pie de los cuales, sobre una vasija de barro, de cobre, de plata o de hierro, queman continuamente pastillas. Esto hacen el día de los oficios. La mañana siguiente a difuntos, durante las misas, ponen además delante de sus rodillas una cesta llena de panes y una vasija con vino, todo ello cubierto por una finísima servilleta guarnecida de encajes. Por la iglesia están preparados diversos sacerdotes revestidos de sobrepelliz y estola que acuden, según se les llama, ya a un sitio ya a otro, a rociar las sepulturas con un hisopo mojado en agua bendita, por lo cual reciben limosna, y terminada la función el pan y el vino queda también para ellos. Los más ricos, además de las candelas, ponen antorchas encendidas, colocadas sobre ciertos tripodes de madera pintada de negro. En resumen, no hay en toda la Iglesia de Dios ceremonia, o, por mejor decir, abuso que conserve más de cerca el recuerdo del paganismo.

EL BUEN RETIRO

La entrada del Buen Retiro no tiene nada de grande ni de magnífica. La fachada carece de adornos; la construcción es de ladrillos, toscamente hecha, y su vista sólo puede disfrutarse de cerca por impedirlo los edificios que la circundan. No obstante, considerando el Buen Retiro en conjunto como un gran cuerpo, encuéntrase simetría en todas sus partes. Tiene solamente dos pisos, y en los cuatro ángulos está flanqueado de otras tantas torres un poco más altas que el resto del edificio. Estas torres son de forma cuadrada y su extremidad se cierra en forma de pirámide. Los muros de la fábrica que miran al jardín, o sea al patio, están mejor ajustados que los de fuera y en el segundo piso hay un corredor que se extiende por las cuatro fachadas con baranda de hierro, hecha de varias figuras. El patio, o sea el jardín, está adornado con parterres, bastante descuidados, y se halla dividido con macetas de jazmines y naranjos alternando con granados; pero lo que le hace más bonito es una gran pila colocada en el medio que presenta la figura de una fortaleza exagonal revestida de ladrillos. Entrado S. A. en el Retiro fué conducido al segundo piso, donde están los departamentos del Rey, de la Reina y de los hijos, estando reservado el primero a la comodidad de las oficinas y del servicio de la corte.

Algunas de las salas y cámaras de estos departamentos tienen el piso cubierto con esteras de juncos primorosamente tejidos; otras, presentan el techo artesonado, y otras, en forma de bóveda hecha con follajes tocados de oro. Las paredes están incrustadas con azulejos hasta la altura de tres brazas. Por lo que se refiere al adorno de las salas y cámaras, es diferente según la calidad de las habitaciones; pero puede decirse en verdad que todas ellas tienen adornos ricos y bien trabajados con fondo de terciopelo y figuras realizadas con hilo de oro y de plata en bordado grueso. La cámara y el gabinete del rey estaban cubiertos de tapices a fondo de oro y figuras bordadas en seda, y de terciopelos rojos enriquecidos con frisos de bordado de oro y de plata semejantes a las cortinas del lecho. Algunas de las salas están adornadas con tapices, otras con pinturas de los más célebres pintores de España, y entre ellas, es digna de consideración una en la cual se ven representadas en grandes cuadros las acciones más ilustres del duque de Feria. Visto el cuarto regio y recorridas cuatro o cinco habitaciones que se encuentran en la parte de las dos primeras fachadas, entró S. A. en la tercera que se corresponde con la primera, aunque es algo más alegre y aireada. En este cuerpo del edificio se disfruta por una parte la vista del jardín descrito, y por la otra, la del jardín grande, pues de la galería que se extiende por la fachada se entra en una gran pieza desde la cual se descubre un patio en medio del cual hay un caballo de bronce, obra de Pietro Tacca, que se sostiene con noble actitud solamente sobre las patas traseras, encima de un pedestal de mármol blanco, montado

majestuosamente por la estatua de Felipe IV, al cual fué dado por el serenísimo gran duque Fernando II. Pasando de la tercera fachada a la cuarta, que resultó no menos bella que las otras, se ven las habitaciones que ocupara la Reina de Francia y después la Emperatriz, habitaciones que S. M. la Reina había hecho preparar para S. A. Las salas y las antecámaras estaban ornadas de tapices flamencos con relieves de oro, y la cámara del descanso estaba recubierta con un adorno más rico y mejor trabajado y el lecho revestido de brocado con ricas franjas de oro. En el departamento de la reina, no menos galano que los demás, había tres grandes almohadones para sentarse, según el uso de España, y una sillita para el rey vuelta a la pared. Terminada la vista de todo el edificio, S. A. bajó al patio donde se hallaba la carroza, y entrado en ella pasó al jardín, que no es ciertamente la cosa más bella del Retiro, pues todo él se presenta quebrado e irregular. Los paseos están la mayor parte descubiertos y son angostos, concurriendo todos al centro del jardín en forma de estrella. La desigualdad del terreno y la confusión que se encuentra en las partes bastaría para hacerlo desagradable, aparte la sequedad de la tierra que produce poca hierba en las partes más considerables y la negligencia de los jardineros en cultivarlo y limpiarlo. Después de haber hecho S. A. ciento cincuenta pasos dentro del jardín, descubrió a mano derecha un edificio de cuarenta pasos de largo y más de veinte de ancho, sin ningún adorno, con el piso de ladrillos e incrustaciones de azulejos colocados en buen orden. Las paredes, hasta tres brazas por encima del piso, estaban igualmente recubiertas de azulejos de diversos colores, y desde allí hasta la bóveda, pintada como algunas de las que se ven en el edificio grande del Retiro, había diversos cuadros colgados a distancia proporcionada que hacían decorosa y noble la estancia. Al pie de las paredes se veían varios bustos con las cabezas de pórfido y el resto de mármol que representaban emperadores romanos, más estimables por la materia que por el trabajo del artista, colocados a la altura de tres brazas sobre pedestales de mármol blanco a intervalos regulares; lo que hay de bello en la estancia consiste en el aire y la alegría. Lo único interesante es la fachada que mira al jardín, ennoblecida por algunas pinturas al fresco con varias inscripciones y versos latinos referentes a las escenas que en ellas se representan. Al salir por la puerta del medio de esta fachada apareció la estatua de bronce del emperador Carlos V, colocada sobre un elevado pedestal de mármol, que está en pie, coronada de laurel, pisoteando la Discordia y la Herejía que yacen encadenadas sobre un trofeo de armas. A cuarenta pasos de aquí, andando en línea recta, se encontró una lindísima fuente de más de veinte pies de altura, formada por dos grandes tazas de bronce y mármol gris, situada la una sobre la otra en el centro de una gran pila de piedra; encima de la más alta, que es la más pequeña, descansa una estatua de Narciso de bronce en actitud de admirarse a sí mismo. Alrededor surgen diversos hilos de agua que vuelven a caer en la taza superior, y de ella, derramándose en la de abajo, se desbordan y llenan la pila. La fuente, sin embargo, con todo el esfuerzo que el arte ha puesto en realzar la nobleza de la materia, aparece más rica de bronce y mármoles que de agua, de la cual escasea mucho. Avanzando unos treinta o

cuarenta pasos de allí se encontraron dos pilastras que se alzan sobre el suelo quince pies, distantes una de la otra como unos veinte pies, sobre las cuales dicen había intención de levantar un arco triunfal para acrecer la magnificencia del sitio; pero ya por el mucho tiempo transcurrido, ya por el poco cuidado en conservarlas, principian a arruinarse. Desde allí el jardín comienza a tomar la forma de un ángulo, en cuyo vértice acaba la perspectiva de esta fábrica. Hay paseos cubiertos por una y otra parte que encierran, como en el centro de un teatro, la fuente antes descrita. Se detuvo aquí S. A. por algún tiempo observando la fuente y la disposición de los paseos que concurren al mayor deleite y la belleza del sitio, y después montó en coche para ir a la iglesia de Nuestra Señora de Atocha que está colocada en una de las extremidades del parque. Se va a ella por una ancha calle plantada a uno y otro lado con plantas de sombra, que a causa de la esterilidad del terreno y de la falta de agua no responden al deseo de los jardineros. Todo el terreno a uno y otro lado es casi un desierto, y sólo por algunos árboles frutales, ahora secos y casi del todo aniquilados por la aridez, se reconoce que en otro tiempo el suelo comprendido en aquel jardín estuvo todo él dedicado a huerta. En el convento de Atocha se subió a un pequeño departamento por donde el rey tiene entrada en el tambor de cristal que corresponde a la capilla de la Virgen. Este departamento está adornado con cuadros de devoción, entre los cuales hay cuatro del Bassano muy buenos. Las puertas están todas adornadas con molduras de caoba, o sea, madera roja del Brasil, que claveteadas y doradas hacen un efecto magnífico. Se bajó después al camarín de la Virgen constituido por dos estancias situadas detrás del altar de la Virgen: una, adornada puerilmente con armarios y cajitas de cristal de Barcelona con flores de tela, frutos de cera y otras bagatelas; la otra, está llena de reliquias dispuestas en algunos armarios pequeños pintados y dorados que dan la vuelta alrededor de las paredes. Las custodias son decorosas, pero no magníficas. Hay tan sólo un tabernáculo de plata sostenido sobre cuatro columnas, de tres brazas y media de alto, que sirve para la exposición del Santísimo. Desde Atocha, atravesando un olivar de los frailes y penetrando de nuevo en el recinto del Retiro, estuvo en la ermita de San Antonio, la más suntuosa de muchas que se encuentran esparcidas por el jardín. Estas ermitas son casitas de ladrillo y de piedra con una capillita que eran habitadas por un fraile de aquellos de San Jerónimo que tienen la iglesia por debajo del Retiro, desde el cual, por una galería cubierta de celosías, se oye la misa. Ahora están deshabitadas; pero, entre todas, se hace notar por su belleza la de San Antonio, edificada en el centro de un delicioso jardincillo y distribuida en cómodos departamentos que dan la vuelta alrededor de la minúscula iglesia, la cual queda justamente en el centro del edificio. Esta ermita fué levantada por unos portugueses. Desde San Antonio, prosiguiendo por un paseo plantado como los otros por una doble fila de árboles a uno y otro lado, se llegó a lo alto de la colina donde se encuentra aquel famoso lago, que por razón del sitio, aunque no tuviese otro mérito, es tan renombrado. Su figura es irregular; al principio es cuadrado y recibe el agua viva de dos animales

de piedra que la vierten allí; pero como durante el verano este agua resulta poca para tan gran estanque, por las orillas están dispuestas algunas casitas en las cuales hay diversos mecanismos que sacando de continuo agua de varios pozos suplen abundantemente a la pobreza del venero. Las orillas de este cuadrado y de todos los canales que a él van serpenteando sobre el dorso de la colina hasta dar la vuelta a una isla irregular que tendrá poco menos de una milla de circunferencia, son de ladrillos. Las riberas están demasiado desnudas, habiendo aquí y allí algunos árboles raros y pequeños, por lo cual el lago no resulta transitable más que cuando el sol ha perdido por completo su fuerza. En el fondo del primer canal quedan los vestigios de un pequeño arsenal donde estaban las barcas que servían para esta deliciosa navegación, las cuales, juntamente con el arsenal, se quemaron desgraciadamente hace años. Su Alteza fué conducido de paseo por todos los canales en dos lindísimas embarcaciones; un bergantín todo él dorado, con toldo y gallardetes de brocado de oro y verde y una *barraca* (así la llaman) también toda ella de talla y oro y cubierta de brocado de plata y encarnado; estas embarcaciones son las que conducen las personas reales cuando quieren divertirse por el estanque indicado. Salida S. A. de la barca fué a ver otra ermita, también graciosa por la construcción y por el bonito jardín a ella anejo. Con esto se acabó de ver el Retiro... Antes de salir del palacio se vió el teatro de las comedias unido a él, donde ha trabajado muchísimo Baccio del Bianco, pintor e ingeniero florentino muerto pocos años antes al servicio de Felipe IV. El teatro está muy bien dispuesto, y por el tamaño y la gracia tiene gran semejanza con el de Florencia, aunque le ceda de gran trecho en los adornos.

EL CORRAL DEL PRÍNCIPE

Estuvo S. A. a oír misa en los Capuchinos del Prado, que tienen una pequeña iglesia, sin nada de particular, y de allí volvió a casa. Durante el día asistió a la comedia en el Corral de la calle del Príncipe, donde se recitaba una representación de Santa Teresa, ennoblecida con diferentes vuelos y máquinas, pero como suelen hacerse en las salas de comediantes públicos. El teatro podía contener cómodamente más de 2.000 personas, repartidas parte en un piso de palcos, que da la vuelta a la parte más alta de la sala, parte en la *cazuela*, como llaman a un saloncito largo que ocupa toda la fachada opuesta al palco donde están las mujeres, parte en las gradas que dan vuelta en torno a las tres caras libres de la sala sobre una galería de madera y parte en tierra, donde, por no haber ninguna manera de sentarse, entra muchísima gente a pie. Cuando llueve es muy molesto estar en el centro de esta parte, pues para dar paso a la luz está descubierto en cuadro, y la lluvia convierte la estancia en un verdadero *corral*. El palco escénico es completamente llano y sin decoraciones, sirviendo las diferentes salidas por debajo de algunos tapices de la perspectiva a la carencia de calles y de casas.

LA IGLESIA DE SAN ANTONIO DE LOS PORTUGUESES

Iglesia no muy grande, pero bonita por la arquitectura extraña, de planta ovalada, lo mismo que la cúpula, toda pintada al fresco. Esta iglesia tiene la desgracia de ser frecuentada los días de fiesta, a hora tardía, por todas las mozas de partido que hay en Madrid. Se encuentra allí, por tanto, a aquella hora grandísimo concurso de libertad.

EL CAMINO DE EL PARDO

Después de comer fué S. A. a disfrutar el paseo de El Pardo por la Fuente de la Reina. Esta es una fuente, distante de Madrid media legua en el camino que, entre el Manzanares y la colina, conduce a El Pardo, Casa del Rey, colocada en medio de algunos montes con caza de gamos y corzos. Se halla la fuente entre la carretera y el río en un pradillo herboso rodeado todo él de chopos, de los cuales está igualmente cubierta la ribera del Manzanares todo aquel trecho de camino hasta Madrid. Aquí se detuvo S. A. para mejor disfrutar el paseo, que fué muy desordenado, aunque abundasen los coches de cuatro y seis mulas, muchos de los cuales, corriendo a toda rienda, probaban en competencia el valor de las mulas: tal es el pasatiempo usual y favorito de los más grandes caballeros de aquella corte. Por lo demás, los coches iban y venían en uno y otro sentido sin ningún orden de fila. Al mismo tiempo se presentaron algunos grupos de aldeanillas a caballo, acompañadas por hombres a pie, que, vestidas de fiesta, volvían alegres y cantando de cierta devoción. Como recuerdo traían las mujeres en la cabeza y los hombres en el sombrero algunas estampas religiosas.

EL JUEGO DE PELOTA

Después de comer estuvo a ver jugar a la pelota, donde jugaba con mucha gracia el conde de Baño, a pesar de sus setenta años.

LA RECEPCIÓN EN PALACIO

Estaba la Reina en pie y el Rey a su derecha, apoyado en el flanco de una gran mesa de pórfido que terminaba en el ángulo de una gran ventana abierta hasta el piso en medio de uno de los lados mayores de la sala. Detrás del Rey estaba la marquesa de los Vélez, y la de Valdueña, camarera mayor, detrás de la Reina; un poco más al fondo quedaban dos dueñas y fray Anto-

nio del Castillo, ilustre por bondad de vida, que se halla de continuo en el departamento del rey. En el testero opuesto a la puerta estaban alineadas catorce damas de la reina vestidas de negro templado con algunas galas. En medio de la sala permanecía el marqués de Aytona, y detrás de él, más próximos al muro opuesto a las ventanas, cuatro mayordomos del rey, cuatro de la reina y algunos enanos y músicos agrupados sin orden. A mano derecha, enfrente de una de las dos ventanas que dejan en medio aquélla donde se encontraba la reina, estaban el marqués de Salinas, capitán de la guardia, y D. Blas de Loyola, secretario del Despacho Universal. No bien S. A. estuvo en la puerta con el marqués de Cabrera que lo seguía a mano izquierda, hizo una reverencia a SS. MM. y después repitió a medias otra en el sitio donde se paró el de Cabrera. Entonces la Reina, seguida por el Rey, se movió cuatro pasos hacia S. A., la cual, al acercársele, se inclinó con una profunda reverencia primero, a ella, y después, con otra semejante, al Rey, que se descubrió dos veces saludándole. La entrevista duró poco menos de un cuarto de hora, durante el cual la reina reanudó varias veces la conversación, siempre con nuevas señales de cortesía y de estimación, no menos hacia la persona de S. A., que a la del Serenísimo Gran Duque y de su Casa, expresándose repetidamente sobre la certeza que le daba de la sinceridad de las respetuosas demostraciones de S. A. la estrecha unión de la sangre que tiene su Casa con aquella Corona. El Serenísimo Príncipe, no bien comenzó a hablar, cubrióse, y cubierto siguió excepto algunas veces en que según las exigencias del razonamiento se descubría, volviendo inmediatamente a cubrirse de nuevo. También el rey quiso hablarle una sola vez preguntándole por su salud, y durante toda la conversación no le quitó nunca los ojos de encima mirándole y volviéndole a mirar de pies a cabeza con maravillosa atención. Durante la visita el marqués de Aytona permaneció casi siempre descubierto, no habiéndose valido del privilegio de cubrirse más que el breve espacio suficiente para ostentarlo. Al despedirse repitió S. A. las mismas inclinaciones profundas a SS. MM. y, sucesivamente, las otras a medias, ya en la puerta, dentro del umbral de la cual había permanecido toda su corte. El rey se descubrió dos veces al salir como había hecho al entrar.

LA ARMERÍA REAL

Durante el día fué a ver la sala de las armas, enfrente del palacio del rey. La Armería cierra la plaza; está dispuesta en forma de galería, unida al mismo palacio por un pequeño corredor en el piso bajo de la parte que domina el río; este corredor tiene por la parte de la plaza el aspecto de pobres tiendecillas con techo. En esta galería, dividida por ocho ventanas, véanse en los armarios, colocados entre ellas, las armas de diversos reyes y capitanes, tanto de parada como de combate, con sus sobrevestas, y encima, en armarios más altos, las armaduras de los caballos. Entrando, a mano derecha, se ven algunas de Carlos V, en las cuales aparecen a la vista los golpes,

una del rey Fernando el Católico y una del Gran Capitán. Al otro lado de la sala hay otras de Felipe II, III y IV, y en un armario que está en medio de éstos, todo él lleno de armas, muestran una espada que, según dan a entender, es la del paladín Roldán, pero aunque no fuese otra cosa su brillo atesigua que aún está virgen; hay otra que afirman ser la del Cid y otra del Gran Capitán, cinco o seis estoques benditos de los que manda el Papa a los príncipes que combaten por la fe y muchas de las armas cogidas por don Juan de Austria en la batalla de Lepanto. Falta la de Carlos V dada por Felipe IV al actual D. Juan, hijo natural suyo. Del techo de la misma galería penden diversos estandartes, entre los cuales, uno mayor que los demás, usado por Carlos V, en el cual se ven las figuras los apóstoles San Andrés y Santiago a caballo y en actitud de combatir armado, y en medio de ellas las armas imperiales. Hay otro con un Cristo crucificado sobre tafetán negro, del cual se sirvió D. Juan en la referida batalla naval, regalado por Pío V. En la cabecera de esta galería, por la parte de la entrada, hay una bellísima terraza descubierta que tiene una maravillosa vista sobre el río. Al lado hay una pequeña estancia que viene a ser como la caja de la escalerilla que del corredor lleva al de la galería. La estancia está llena de armas europeas y turcas, o curiosas por la factura o raras por el temple. En la galería hay unos ocho o diez trineos y dos carrozas grandes, una de plata dada por el Consejo de Hacienda al príncipe D. Baltasar, y la otra, recamada de pequeños corales, regalo del difunto duque de Terranova a Felipe IV, en la cual la elegancia del dibujo o del trabajo no realzan en nada la riqueza de la materia. Hay también una litera sin nada de particular, por dentro de simple tafilete y por fuera de hule, en la cual se hacía llevar Carlos V, utilizándola ya para comodidad de lecho, ya como mesa de escribir. Muestran como cosa rara de la naturaleza una espada que por haber permanecido casualmente sepulta durante mucho tiempo el agua le ha formado alrededor de la cruz de la guarda un adorno de piedrecitas naturalmente ajustadas. Hay además seis caballos de madera bardati bardados de hierro y un yelmo de acero dorado con una granada encima como usaban en otro tiempo los antiguos reyes de Granada.

LA IGLESIA DE LA ENCARNACIÓN

De aquí fué S. A. a la iglesia de las monjas de la Encarnación, unida la palacio por un corredor que termina en una tribuna colocada sobre la cornisa de la cruz a mano izquierda, según se entra. La iglesia no es muy grande, y en el monasterio contiguo están las monjas Carmelitas Descalzas, no menos importantes por lo claro de la sangre, que ejemplares por la observancia de la Orden y por la santidad de las costumbres.

El día 11 oyó S. A. la misa en los Carmelitas Descalzos de la calle de Alcalá. La iglesia no tiene nada de raro o de particular que la distinga de las otras, quitando la extrema limpieza de todas las iglesias de España y, especialmente, de aquellos buenos religiosos.

EL ALCÁZAR

Después de almorzar S. A. marchó a ver el palacio. Fué construído por Carlos V, pero la fachada, toda ella de piedra, es moderna, y presenta en sus extremos, según el estilo de España, dos torrecillas de ladrillo, adornadas también con encuadramientos de piedra que sobresalen un poco. Estas torres tienen tres ventanas de frente y una al lado en la parte que se une con la fachada. Una de ellas está cubierta con techo, pero le falta el remate de la cupulilla que tiene su compañera. El primero y el segundo piso tienen las ventanas en exacta correspondencia por ambos lados; pero en las puertas la arquitectura se ha sujetado a la necesidad de dar cómoda entrada a los coches, de suerte que además de la principal en el medio hay otras dos a distancias diferentes sin observar ninguna correspondencia o simetría. Sobre la puerta principal se ve un principio de frontispicio hecho verosímilmente para poner en él un reloj; pero entonces permanecía aún sin terminar. Todo este edificio tiene muy buen aspecto, situado como está en el frente de una plaza oblonga, aunque no del todo regular. Entrando en el palacio por la puerta del medio se llega a un soportal cubierto, ancho y bajo, donde se paran los coches que sin distinción ninguna entran todos en palacio, y después de haberse apeado los dueños van a salir por cualquiera de las otras dos puertas y los esperan en la plaza. De este soportal se pasa a otro que se une en ángulo recto con el primero, pero ya no en línea recta con la puerta. Este soportal forma parte de un patio cuadrado, con soportales todo alrededor sostenidos por columnas de piedra, lo mismo el orden inferior que el superior, pero ambos con techo. Entre este patio y otro que se encuentra a mano izquierda, completamente semejante al primero, aunque más pequeño de tamaño, queda un espacio en el cual han dispuesto la capilla y la escalera que es común a los dos patios, puesto que de cualquiera de los dos soportales se suben unos pocos escalones que conducen a un rellano del cual parte la escalera para dividirse después en dos como abajo y terminar en las galerías superiores de ambos patios. En medio de la galería del patio de la mano izquierda está la entrada principal de las habitaciones del rey que al presente se encuentran cerradas. En el testero de la galería del otro patio, a mano derecha, que corresponde a la del rey, están las habitaciones de la marquesa de los Vélez, aya del rey, y volviéndose a mano derecha inmediatamente de subir la escalera, recorriendo dos lados de la galería se entra en las de la reina. No pudo ver S. A. cómo estaban dispuestas las cámaras más íntimas; las de las guardias son desdichadísimas, habiéndose formado diversas habitaciones pequeñas a lo largo del cuarto brazo de las galerías que por eso se encuentra tapiado. S. A. entró por la misma escalerilla que cuando fué a la audiencia de la reina y no vió más que el piso principal y el bajo del rey, no

habiendo nada que ver en el de la reina por estar de luto. El primero se hallaba todo él adornado de varios tapices soberbios y telas de las más ricas de la Corona, como también de cuadros de los más excelentes maestros. El segundo, es decir, el piso bajo, estaba igualmente embellecido con cuadros, con vaciados de una grandísima parte de las mejores estatuas de Roma y de gran cantidad de tablas y de vasos de pórfido con algunos bajo relieves. Los tapices más notables son: uno donde están representados los siete planetas en bordado de seda y oro, con alguna joya sobre fondo de terciopelo, y otro colgada en una estancia y una alcoba, donde el rey Felipe IV, para gozar de una bellísima vista del río, del jardín y de la plaza, tenía el despacho, toda ella de recama de oro y de corales menudos. Aquí, sobre un pedestal de madera, hay un modelo de la Fuente de Piazza Navona, de plata dorada y sobre una base de mármol la apoteosis de Trajano, cuyo rostro enguinaldado de rayos, está sobre el dorso de un águila que apoya una garra sobre el rayo y la otra sobre una esfera que representa el mundo, todo ello sobre una pila de trofeos. Este mármol, que es antiguo y de los más bellos que se han visto hasta ahora entre las cosas antiguas, fué dado por el cardenal Colonna, al rey Felipe IV hace pocos años. Los demás tapices están entretejidos de oro y, entre ellos, son singularmente estimables los de los «Apóstoles», según cartones de Rafael, que adornan la capilla; los «Siete Pecados Capitales», semejantes a los célebres de Londres, pero con franja diferente e inferior; al lado, en la sala despacho, toda ella engalanada con cuadros y espejos y adornada de pórfido, se encuentran las empresas realizadas en Africa por Carlos V, en trece piezas. Allí se encuentra también la sala dorada que en sustancia es una galería con bóveda artesonada en madera tallada y dorada. Esta sala sirve para funciones muy diferentes, pues en ella se representan las comedias y se expone el cuerpo del rey después de muerto, en cuya ocasión es adornada con los más nobles tapices, y en el medio, dentro de un lecho riquísimo, se coloca el cadáver real en la caja abierta. Alrededor se levantan diversos altares donde desde el amanecer hasta las dos se celebran continuos sacrificios. En la parte de esta sala, opuesta a las ventanas, se encuentra la serie de los retratos de los reyes y las reinas de Castilla. Los cuadros más ilustres son: un «Adán» y una «Eva» en pie, de Alberto Durero, en dos cuadros distintos; los «Once Césares», de Tiziano, en tela de emperador (*in tela d'Imperatore*); dos «Venus» y un retrato de un embajador turco del mismo, un «Cristo en el Huerto» y una «Virgen con el Niño en brazos», uno y otro de tamaño pequeño, según dicen, del Corregio, y son verdaderamente bellos, en particular el de la Virgen; una disputa de Cristo entre los doctores, con figuras de tamaño natural, de Pablo Veronés; una caza en grande, del Tintoretto, con otras piezas del mismo; varios retratos de los mejores, de la manera lombarda; una Venus, del Carracci, de tamaño natural; varios cuadros grandes y pequeños, del Bassano, de los cuales hay, particularmente en el piso bajo, una estancia llena: la «Atalanta e Hipómenes», del Guido, que no merece ni con mucho la fama que ha obtenido; cuatro cuadros muy bellos de Pablo Veronés y otros del Tintoretto, y, finalmente, una cantidad increi-

ble de cuadros de Rubens que constituyen una gran parte del adorno de aquellas salas. Todos los cuadros están sin distinción en marcos de madera negra. La capilla es de lo más vulgar, exceptuando la tabla del altar, donde hay un Cristo que lleva la cruz al Calvario, obra de las más célebres de Rafael, cuyo trasporte de Sicilia a España fué ocasión de extraños movimientos en aquel reino. Aquel día se celebraba en la capilla la fiesta de la Virgen del Patrocinio, instituída por Felipe IV para toda España, y por esta causa había delante de la indicada tabla una imagen de relieve completamente recubierta con las joyas de la reina, entre las cuales se veía el famoso diamante con la perla unida a él y llamada por antonomasia la *Peregrina*. Detrás del altar mayor se baja por una escalerilla angostísima de dos ramales a la sacristía, de la cual se pasa a una capillita donde se conservan las reliquias. Esta capillita tiene cada uno de los tres lados (pues el cuarto está ocupado por la puerta que se abre al plano de soportales de abajo, puerta cerrada por una gruesa verja) adornado por una arquitectura corintia, de seis columnas por parte, de un jaspe verde de los Pirineos, con bases y capiteles de metal dorado. Los frisos, las cornisas y todos los demás vanos de la indicada arquitectura, están llenos de reliquias conservadas en ricas custodias, con esta sola diferencia, que del lado del medio, correspondiente a la puerta, tiene en su parte más aparente la flor de lis, o sea, un lirio de oro, lleno en el medio de reliquias y contorneado de perlas gruesas y otras joyas, que son parte del rescate de Francisco I, rey de Francia. En el lado frente al altar (puesto que la entrada es de flanco) hay arriba una ventana desde donde oye misa la reina, y sobre el coro de los músicos hay otros dos corillos, uno sobre otro, para comodidad de las damas de la corte. En el paso de las cámaras a la capilla hay otro altar con una bellísima tabla de Tiziano, que representa un Cristo con la cruz a cuestas, donde algunas veces oye misa la reina más retiradamente. El jardín del palacio llamado *La Priora* no tiene nada de particular, pues se reduce a un parterre muy pequeño y a una plantación irregular de árboles frutales. En la visita al palacio, S. A. fué servida por un caballero de Santiago, ayuda de cámara del rey, y otros, entre los cuales estaba un graciosísimo enano llamado Nicolasillo, que tiene el honor de estar continuamente en las habitaciones de la reina y de ser uno de sus más particulares entretenimientos.

LAS ROZAS Y EL PARDO

(Va el príncipe al Escorial. Los detalles que el texto del Viaje da del monasterio no tienen novedad alguna. En la jornada de ida se detuvieron a comer en una aldehuela denominada Torre de los Oidores, probablemente cerca de Torrelodones, lugar miserable situado al pie de unas colinas rocosas, dice el texto. A la vuelta pasan por una aldea del duque de Pastrana, cuyas casas están fabricadas con pedazos de piedra

berroqueña, rellenos con pequeños fragmentos de la misma piedra. Dichas casas no están dispuestas regularmente formando calles, sino que aparacen esparcidas por una y otra parte y separadas por pradillos con algún hermoso árbol de sombra.)

Las Rozas es otra pequeña aldea fabricada más regularmente; aquí almorzó S. A., y después, reanudando el camino, estuvo en el Santo Cristo del Pardo, que es una iglesia y convento real de Capuchinos, la cual, sin perjuicio de la pobreza religiosa, no deja de estar muy bien fabricada. S. A. descendió en ella y visitó la imagen que le da nombre. Es un Cristo en el sepulcro, hecho de madera, en postura muy propia para enternecer la piedad. No es muy antiguo y se encuentra en una capilla a mano derecha entrando, cerca del altar mayor, tendido sobre el altar en un armario que tiene las puertas de cristal. Desde aquí se baja a El Pardo, que es una quinta del rey, colocada en el fondo de un valle habitado de gamos que en grandísima cantidad, esperando servir a los placeres del rey, gozan de la seguridad que les da un bellísimo bosque de carrascas. Los bordes de este valle están formados por una serie continua de montañas poco elevadas, desde las cuales la vista no deja de ser agradable y el aire salubre. En la parte más baja, corre el Manzanares que, aunque en todo tiempo puede ser vadeado con seguridad, tiene un puentecillo de madera pintada de verde en el paso más vecino a la quinta. Ésta se extiende en un llano muy amplio que se halla en el fondo del valle, cortándola hacia Madrid hasta la cual se extiende. El edificio no tiene nada de extraordinario; para un caballero privado no estaría mal. Pero la regularidad de su arquitectura le da una apariencia superior a lo que es realmente. El palacio del rey consiste en un edificio cuadrado, de ladrillos con encuadramientos de piedra, en cuyos ángulos se destacan cuatro torrecillas que, por tener dos pisos, se alzan por encima de la casa, dispuesta con uno sólo. Alrededor le da vuelta un foso seco, aunque bastante profundo, utilizado como jardín, que da luz a las habitaciones de servicio bajas. Se entra, pues, por un puente que conduce a un buen patio cuadrado, que sólo en la parte por donde se entra, y en el lado opuesto, está adornado con soportales. Las habitaciones del rey no dejan de ser muy proporcionadas, como todo el edificio y muy bien repartidas. Las bóvedas están casi todas pintadas, y las paredes se hallan, en gran parte, cubiertas de cuadros: unos, originales, de maestros muy mediocres, y otros, copias de las pinturas más insignes del palacio de Madrid, entre las cuales hay algunas hechas con buen gusto y con extraordinaria diligencia. Para penetrar en el palacio no se va por el puente, pues enfrente de él está el flanco de un edificio que sirve a la comodidad de los cortesanos, sino que se entra, por decirlo así, más abajo y más arriba, sobre la contraescarpa del foso, por las puertas que vienen a flanquear el puente indicado, y quedan en línea recta con uno de los lados del palacio, por una parte, y con las alas de la casa de la familia, por la otra: parte de las cuales, lo mismo por detrás hacia el río como por delante a lo largo del prado, se halla ocupada por dos bosquecillos de árboles altísimos, que hacen más deleitosa la vida en la quinta.

SANTA MARÍA DE LA ALMUDENA Y OTROS MONUMENTOS

El día 19 de dicho mes el Ser.^{mo} príncipe oyó misa en la Almudena, la iglesia más antigua de Madrid, en la cual se ven todavía la bóveda y todos los muros con arabescos pintados y dorados. La arquitectura es semejante a las demás, la nave del medio es más alta que las laterales. Es muy rica en objetos de plata, teniendo, además de un gran número de lámparas, la gradería donde se colocan los adornos del altar y la balaustrada de la comunión, al menos por fuera, todas de plata. El Conde Duque tuvo pensamiento de hacerla colegiata, nombrando canónigos a todos los prebendados de los obispos y arzobispos del reino que residen en Madrid como exactores de las rentas que cada uno de ellos tiene dentro o fuera en los alrededores de esta ciudad. Pero surgió una dificultad insuperable a causa de precedencias entre ellos, queriendo el de Sevilla preceder al de Burgos, y éste al otro; de suerte que el pensamiento no llegó a realizarse. De aquí marchó S. A. a la iglesia de las monjas de Nuestra Señora de Constantinopla, de la Orden de San Francisco, donde se vieron dispuestos casi en el medio de la iglesia, formada de una sola nave, algunos bancos enfrente unos de otros y, en medio de ellos, las almohadas que sirven al Consejo de Aragón que, por la cercanía del palacio, acostumbra a oír aquí la misa. Después de comer y de dar una vuelta por la ciudad, se entró en un jardincillo del marqués de Montealegre, de la casa de Guzmán, primo del duque de Medina, del Consejo de Indias y caballero muy rico. En el jardín no hay nada de particular. Está dividido en tres terrazas: la primera de las cuales se halla ocupada por una calle cubierta de morales y de diversos parterres, en medio de los cuales hay una fuente de mármol blanco que recibe el agua de un depósito fabricado en la parte más eminente; la segunda está casi toda ella plantada de árboles frutales, y la tercera no ha encontrado aún empleo ni de utilidad ni de pasatiempo. La casa es muy cómoda, pero no está todavía terminada.

LOS REGALOS DE LOS REYES

El regalo del rey consistió en dos grandes cajas cubiertas por fuera de vaqueta roja, adornada con riquísimos clavos de plata, y por dentro forradas de raso encarnado. Una estaba llena de chocolate, seis arrobas en pastillas hechas aquí, y otras tantas, en panes redondos, hechos en las Indias. En la otra habían puesto, dentro de varios compartimientos, todo el servicio de plata para el uso de ese chocolate, con el mayor regalo. El de la reina eran otras cajas algo menores, cubiertas de ámbar, guarnecidas con galones de oro, con todos los clavos, cerraduras, chapas y manillas de oro esmaltado. En una había cincuenta cordobanes de ámbar, y en el medio una cajita ocha-

vada cubierta con los cordobanes mencionados y guarnecida también de oro esmaltado, llena de pastillas de boca. En la otra había cien pares de guantes de ámbar y una cajita, semejante a la primera, llena de pastillas de fuego. Cada una de estas cajas estaba metida en su otra de madera, forrada por dentro de frisa y por fuera de hule.

VALDEMORO

Lugar muy grande del duque de Cardona, a cuatro leguas de Madrid. La mitad de este camino, que puede decirse casi todo llano, es completamente raso; pero el terreno cultivable es fértil y todo él cultivado de trigo. La otra mitad, dejando la carretera en llano, se eleva por ambos lados en suavísimas colinitas, todas ellas cubiertas de viñedos dispuestos en forma extraordinariamente regular, con las vides en hileras derechísimas a igual distancia unas de otras. Las vides están dispuestas como en el resto de España visto hasta aquí; esto es, dejándolas crecer altas como una media braza del suelo; sólo difieren en que habiendo sido podadas más veces, se han hecho tan gruesas, que parecen troncos mochos de pequeñas encinas y no vides. A poco más de una legua de Madrid, se pasó por un lugarejo llamado Villaverde, que es del rey, y algo más allá, por otro lugar un poco mayor llamado el Pinto, del marqués de Caracena. Valdemoro es, como se ha dicho, un lugar muy grande. Las casas, sin embargo, son, en gran parte, como en el resto de Castilla: con una armazón de vigas rellena de tierra, hacen aquellos arcos al revés de mampostería, como según se dijo acostumbran en Aragón. Viniendo de Madrid, Valdemoro aparece en el fondo de un valle; pero al salir se presenta noblemente levantado sobre el camino real.

ARANJUEZ

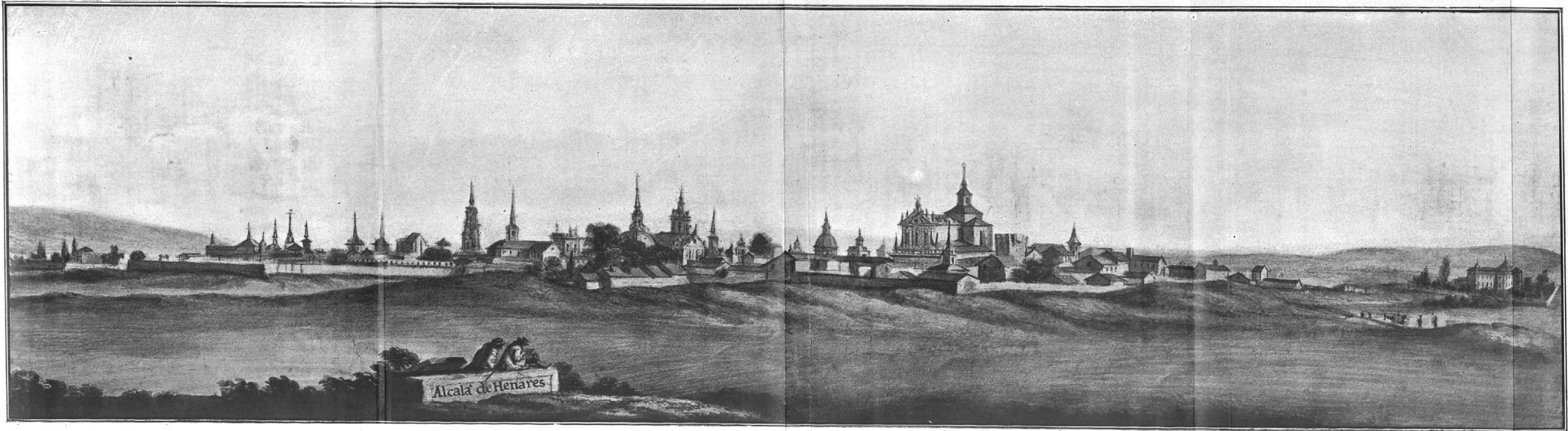
Jardín real a siete leguas largas de Madrid. El país desde Valdemoro hasta él es siempre desigual. Los cultivos en cuanto alcanzaba la vista por todos lados fué semejante a la del día precedente, fuera de que en diversos lugares se ven interrumpidas las viñas por bellísimos olivares. A una legua larga de Aranjuez se pasa sobre un largo puente de madera el río Jarama, que corre al pie de una serie de pequeñas colinas entre riberas cubiertas de plantas altísimas, donde comienza precisamente un anchísimo valle. Se deja a mano derecha, a una media legua del camino sobre las riberas del indicado río, la pequeña aldea de Chinchón, que es del rey. Pasado el río, a un tercio de legua del Palacio Real, se encuentran grandes paseos plantados con olmos de altura prodigiosa, por uno de los cuales se llega a un puente de madera, sobre el cual se pasa un brazo del Tajo, y atravesada la punta de una islilla

sobre otro puentecillo se pasa al otro brazo del río citado, a la orilla del cual hay un portal que conduce al palacio...

Aranjuez es un Sitio Real, fabricado por Felipe II en una llanura rodeada de pequeñas montañas y regada por el Tajo, y es una mezcla de parque, palacio y jardín. Del palacio sólo un lado está construido, y por lo que puede conjeturarse, la fachada habrá de quedarse dividida en cinco partes: la del medio más alta, a uno y otro lado dos alas más bajas y éstas se van a unir con dos torres de cúpula, y una de las cuales, hasta ahora la única construída, se encuentra actualmente la iglesia. El patio vendrá a resultar cuadrado con cinco arcos por cada lado. El material es de ladrillo con encuadramientos de piedra blanca y las cubiertas de plomo. La arquitectura es moderna y muy buena. Tanto el piso bajo como en el principal tienen pocas habitaciones que no son tampoco muy grandes y están cubiertas con bóvedas altas. Hay una galería que mira a un jardín, adornada con cuadros sobre los muros revestidos de ornamentos dorados. Representan estos cuadros varias quintas del rey, vistas del mismo Aranjuez, cacerías y paisajes. Junto a este edificio comenzado, que está en una vastísima pradera, hay unos soportales de piedra, estrechos y bajos, los cuales, después de haberse extendido por algún trecho a lo largo del muro del jardín secreto sobre el cual mira la galería, añadiendo por encima la delicia de un paseo descubierto rodeado por una barandilla de hierro, se vuelven hacia Mediodía con un número mucho mayor de arcos. Detrás de este edificio están construyendo otro cuadrado para servicio de las caballerizas y para alojamiento de la corte, la cual, bajo los referidos soportales, disfruta la comodidad del acceso cubierto al palacio. A la otra parte de este edificio corre el Tajo, el cual, poco antes de llegar allí dividiéndose al pasar por un depósito, forma artificiosamente una isla no muy grande donde hay un jardín. Esta isla está toda ella circundada por un terraplén revestido de muro para defenderla de las inundaciones, las cuales son algunas veces tan grandes que rebasan el muro y cubren el jardín. Sobre el terraplén hay de trecho en trecho varias casetas de madera pintadas de verde para disfrutar desde ellas la vista del río. Se pasa a la isla atravesando un puentecillo de madera situado detrás del palacio, donde se encuentra la destilería del rey. El llano de la isla está dividido por varios paseos cubiertos, aunque estrechos y bajos, en cuyos entrecruces se encuentran numerosas fuentes. También hay fuentes a lo largo de los paseos que están adornados con diferentes plantaciones de boj, tomillo, arrayán y otras plantas a propósito para formar setos bajos y frondosos. Entre estas fuentes muchas son ricas de materia por la abundancia de los bronce y de los mármoles, pero sobre poco más o menos todas pobres de agua, pues con sisten solamente en surtidores. Tres de ellas son más grandes que las otras: dos a la entrada y una en el fondo del jardín por la parte del muro que lo cierra en el paso del camino real en la extremidad de la isla. La primera está enriquecida con estatuas, y en el medio, sobre una gran taza de mármol oscuro de Toledo, hay un Hércules de mármol blanco que estrangulando la Hidra hace salir el agua por diversas bocas. Alrededor de la pila donde se halla esta taza surgen por dentro muchísimos surtidores que cuando

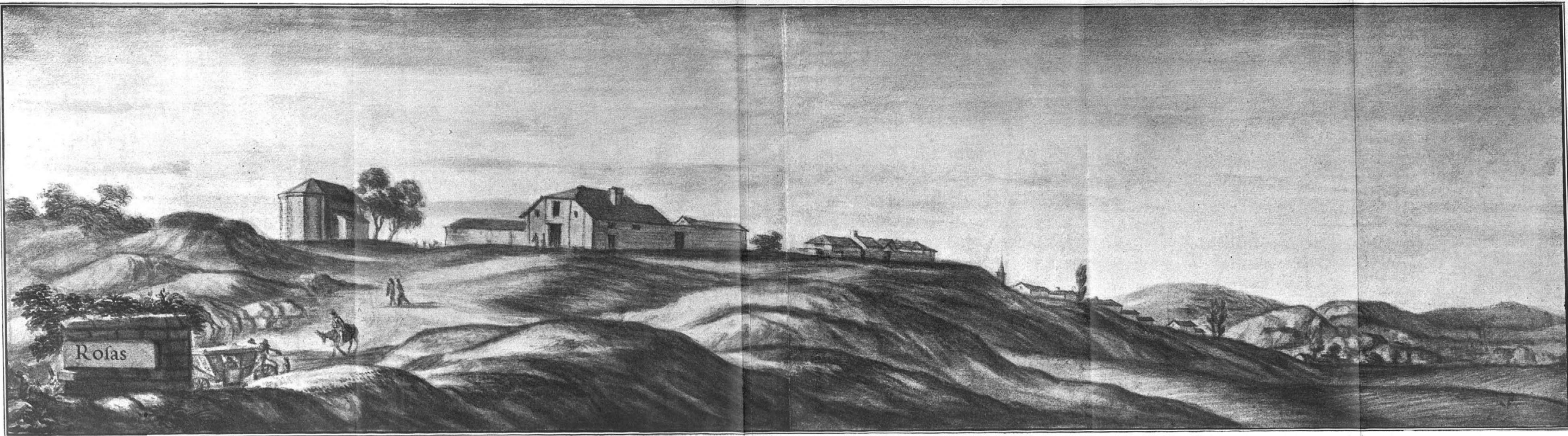
son iluminados por el sol toman un aspecto muy rico. La segunda es toda ella de mármol y está formada por otra taza sostenida por diversos delfines sobre la cual hay, igualmente, una figura en pie, y la tercera, que es también una taza sostenida por varias figuras en el medio de una gran pila, sostiene un amorcillo, detrás del cual brota un chorro de agua muy pobre en comparación con la riqueza de la fuente. En cada una de las cuatro esquinas un grueso surtidor, saliendo que de un canal de plomo mal disimulado y escapando por entre las ramas frondosas de un olmo altísimo, va a caer sobre la taza para derramarse finalmente en la pila. Juegos parecidos se ven en la mayor parte de las otras fuentes menores, casi todas colocadas en medio de cuatro árboles, de cuyas cortezas, a media estatura de hombre, surge un surtidor. Los juegos de aguas son frecuentes allí, pero todos presentan el mismo artificio y están dispuestos según se entra en el entrecruce de los viales, a uno y otro lado de ellos y en las piedras de las fuentes. Hay uno al entrar que escapa del respaldo de un asiento colocado debajo de una pajarera fingida donde el agua imita las voces de los pájaros allí pintados y hace sonar la trompa de una pequeña figura que representa la Fauna. Fuera de la isla todo el resto del campo a uno y otro lado del Tajo está revestido de olmos altísimos que plantados por todas partes en dos filas forman vastísimos paseos, los cuales, al encontrarse en diversos puntos y con diversas disposiciones, ya forman una estrella de doce paseos, ya una media estrella de cinco. Los espacios triangulares comprendidos por estos últimos son llenos de árboles frutales a manera de huertos y, especialmente, de membrillos. De esta parte del Tajo, además de una gran cantidad de gamos, está la raza de los camellos que es numerosísima. El agua de las fuentes mayores es de manantial, la de las menores es sacada del río con un artificio. En alto, sobre la colina, hay un estanque formado por una rica caída de aguas que van por esta parte a mezclarse con el Tajo. Las plantas que forman los paseos comienzan a sufrir los inconvenientes de la natural sequedad de la tierra secándose continuamente. Lo más interesante, sin embargo, es que entre tantos paseos, todos plantados por el mismo que comenzó la casa, no hay uno siquiera que venga por completo de la puerta de él.

Al salir el sol oyó S. A. la misa el día 27 de dicho mes en la capilla del palacio, donde hay una soberbia tabla de Tiziano con el misterio de la Anunciación de la Virgen. En lo alto, en una gloria de ángeles, hay dos entre los otros que sostienen dos columnas con la leyenda *Plus Ultra*, empresa de Felipe II que mandó pintar el cuadro.



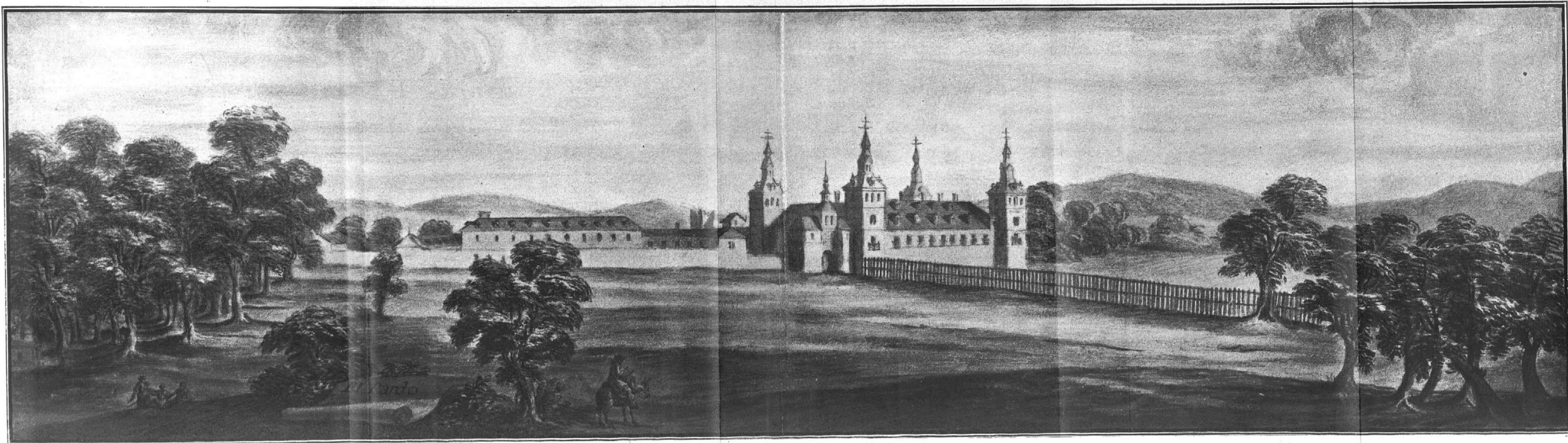
ALCALÁ DE HENARES

Ayuntamiento de Madrid



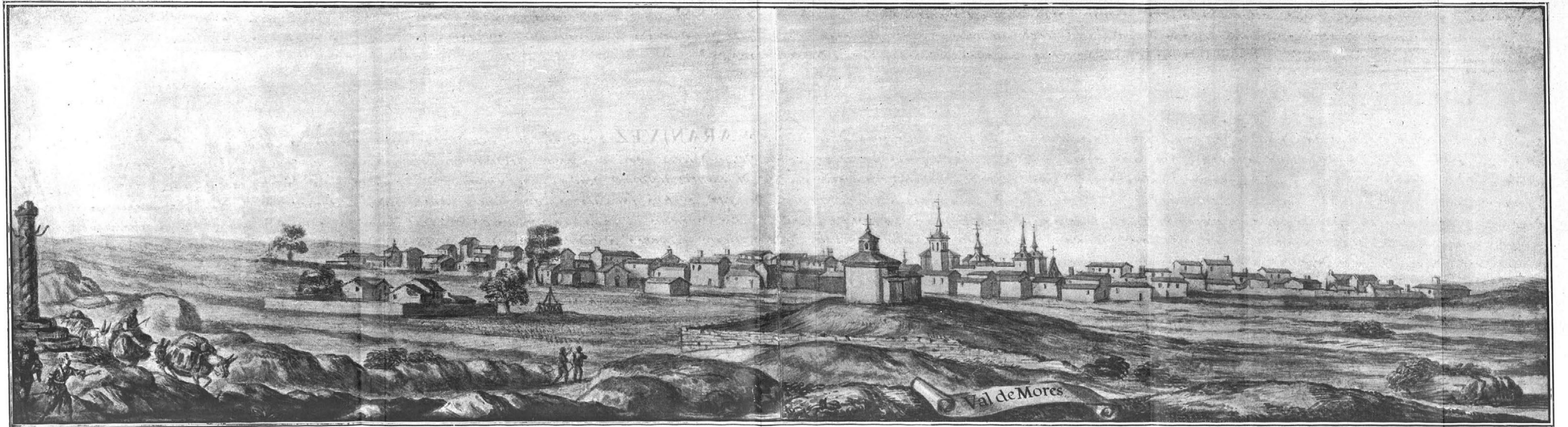
LAS ROZAS

Ayuntamiento de Madrid



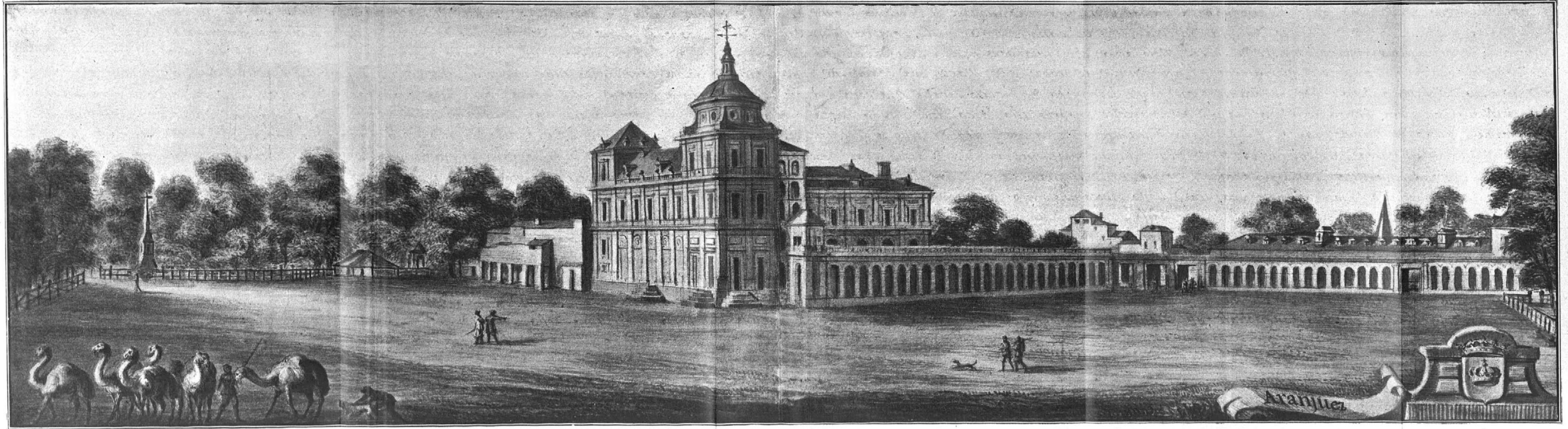
EL PARDO

Ayuntamiento de Madrid



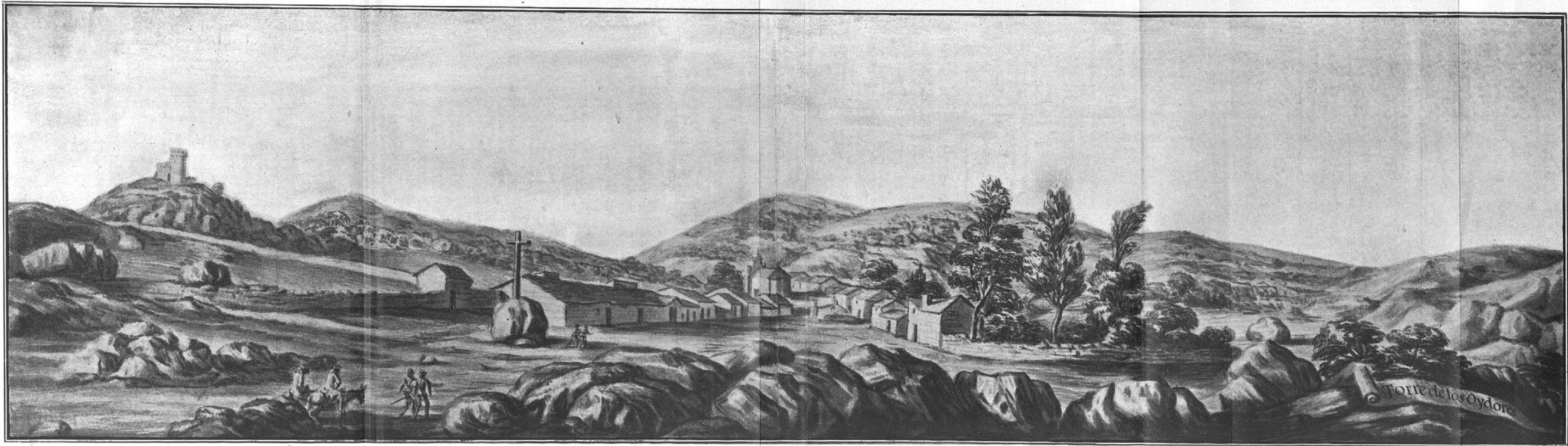
VALDEMORO

Ayuntamiento de Madrid



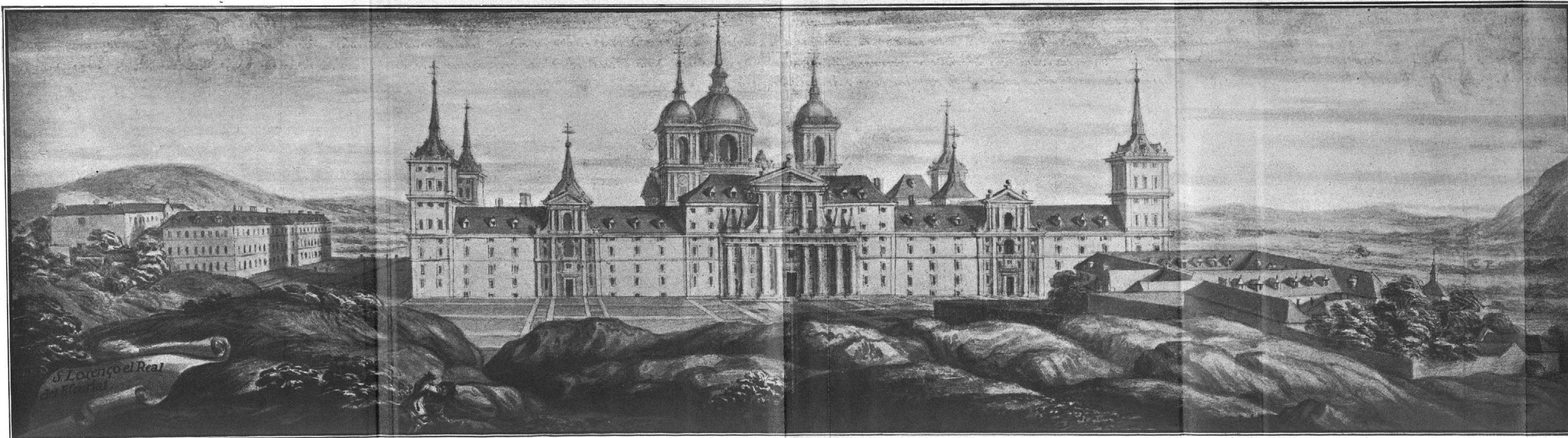
ARANJUEZ

Ayuntamiento de Madrid



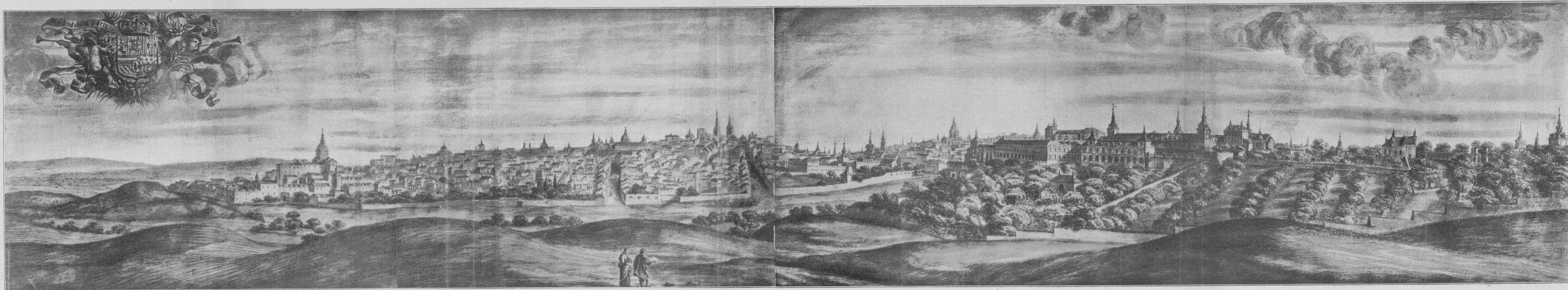
TORRE DE LOS OIDORES (HACIA TORRELODONES?)

Ayuntamiento de Madrid



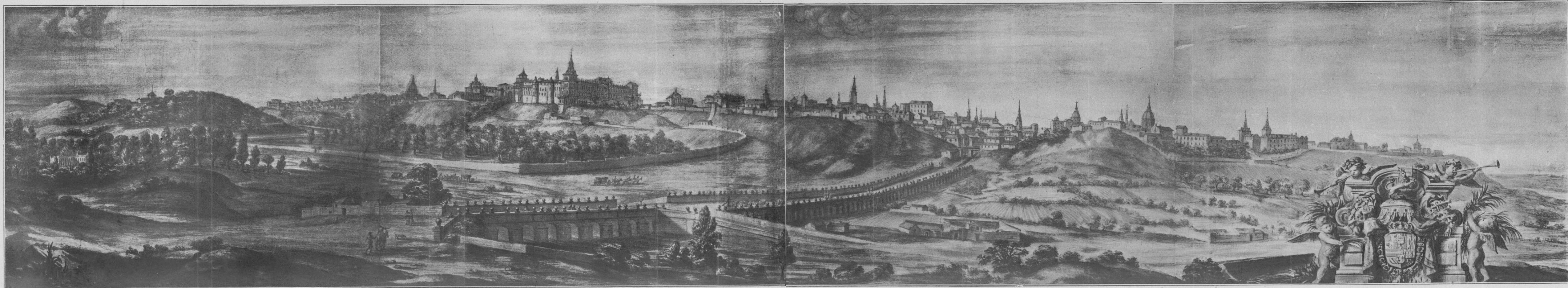
EL ESCORIAL

Ayuntamiento de Madrid



MADRID POR LA PARTE DEL RETIRO

Ayuntamiento de Madrid



MADRID POR LA PARTE DEL RÍO

Ayuntamiento de Madrid